Los monos enloquecidos - José de la Cuadra

Novela publicada en 1951 de manera póstuma e inconclusa.

A mi distinguida excompañera Camila Rivadeneira Morocho, a la Dayana Morales Morocho, a la Saskia Pérez Carrillo y a la Daniela Granda Rengifo.

PALABRAS DEL PROTAGONISTA AL AUTOR

Y bien, José de la Cuadra, padre mío; yo no estoy satisfecho de ti. Hablándote con la sinceridad de que soy capaz, te digo que hubiera preferido a otro padre, que no tu.

Has escrito mi historia poco a poco, a ratos perdidos, por iluminar de labor tus ocios oscuros, sentado de mala gana frente a la Smith rumorosa, en las caliginosas noches de ese mal año de 1931, con el cerebro exhausto, anheloso de sumirse en la tranquila vaguedad del sueño.

Así, mi historia se resiente de falta de uniformidad; por lo menos, en mi opinión. Has desfigurado a tu antojo mi vida que fue --- en realidad --- armoniosa y unánime, lo mismo que las bonitas canciones que cantan las sirenas de nuestras islas doradas.

Me has comprendido a medias. Tus cortos cruceros a la escapada, no han bastado a meterte alma adentro, la plena sensación del mar de las alturas; te ha sido negado el don del piélago; y tus breves paseos, de genero turístico por los campos, no han bastado a meterte alma adentro la plena sensación de la montaña. ¿Cómo ibas, pues, a comprenderme del todo, cuando mi espíritu es, mitad y mitad, selva y océano y, así, ¿Cómo tuviste osadía para hacer lo que hiciste, José de la Cuadra, padre mío?

No te perdono, por lo demás, que te burles --- y pretendes tú que donosamente --- de mis dolores. Es cruel lo que haces. Y ni siquiera lo bastante para que incursiones en la tragedia.

No puedes eso, no posees la pluma esquiliana… (entre paréntesis, ignoro si Esquilo escribiría con pluma. Aquello debes saberlo tu mejor que yo, a quien me has hecho sobrado ignorante en cuestiones de humanidades griegas).

No te perdono, muy especialmente, que, en cartas a los amigos, cuando anuncias mi advenimiento, digas de mi: “Gustavo Hernández, el protagonista de Los monos enloquecidos”

¿Humano, yo?

¿Estás seguro? ¿Estas completamente seguro de haber creado un hombre de veras al crearme, José de la Cuadra, padre mío?

GUSTAVO HERNÁNDEZ

I

El ilustre cabildo de la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de Guayaquil, astillero de la mar del sur, y salidero propicio de las indias occidentales, sobre las rutas de Oceanía, mostrase siempre largo en lo de conceder tierras para los súbditos fidelísimos de su católica majestad.

Así que pisaba las lodosas riberas de la que más tarde fue con justo título llamada Perla del Pacifico, el hidalgüelo español formulaba el consabido pedimento.

Incoaba el cabildo su información reservada y, a poco que el suplicante resultara segundón de buena o mediana casa, de solar conocido; a poco que estuviera emparentado, por vínculos de sangre, en línea recta o torcida, con familia que allá en la metrópoli o sus ínsulas disfrutara palacio a cabo de armería; a poco prestaban, de jure, amparo e hidalguía; los generosos señores, presididos por el Justicia Mayor y Regimiento, y aconsejados de asesor, resolvían la dadiva.

A lo mejor, fundamentaban el acuerdo expresando que hacían lo que hacían “en bien de la república”.

Por lo general, entraba el agraciado en compincharía de maravedíes con el escribano de minas y real hacienda que entonces lo fuere del cabildo; y, así, el limitado número de caballerías de tierra donado, se extendía --- en la práctica --- como mancha de aceite, abarcando zonas y zonas, hasta convertirse en una provincia, en una comarca. Factor para que eso sucediera era, además, lo que se ha denominado la geografía imaginaria de los conquistadores; quienes tomaban para la suya punto de referencia arbitrarios: “Desde donde empieza la llanada”, “De la culata del rio para el septentrión”, “Hasta la raya de los terrenos de plan llevar”, y otros por el estilo.

Las consecuencias de esta suerte política agraria de la colina, devinieron inmediatas: las sábanas de las parcialidades de indios se vieron reducidas a pequeños sitios comuneros, y en riesgo anduvo el munífico cabildo --- hacia los últimos días de la dominación --- de quedarse sin campos para arrendar a censo.

En cambio, el hidalgüelo misterioso e influyente, hacia un viaje a la península. Revalidaba rancios pergaminos que las trampas de los antepasados echaran a mala parte; o si no, se andaba en arreglos con reyes de heráldica que le forjaban ejecutorias y le inventaban un blasón de acomodo.

Pintado provisionalmente en una tabla, lo ponía el indiano en sitio visible de su posada; le iban al fiscal de la cancillería respectiva con la “denunciación de escudo de armas”; y, hétele al pretendiente a aristócrata metido en causa, criminal en Navarra, donde no era muy fácil la cuestión, civil en los demás reinos de España.

Fallado a gusto el pleito, se volvía orondo el señor a la América a reclamar curul en el cabildo.

No era raro, por cierto, que el claro varón ejerciera, entre los muchos que se atribuía, el derecho de pernada, y a su antojo y querer, sin sujeción a norma alguna. Se buscaba una doncella natural, lo más agraciada que se encontrara, para que hiciera con el de concubina y servidora y, como esta le diera un hijo, quedaba de hecho constituido el mayorazgo. Al morir el padre, heredaba el mestizo los campos y los indios. Era seguro que él se preocuparía de aumentar los unos y disminuir los otros. Se sentiría vástago digno de quien lo engendro, mucho más noble que su mismo progenitor, y verdadera ave de presa. Haría cuanto estuviera a su alcance para volverse más rico, incluso matar a la madre para apoderarse de sus alhajas de oro bruto y…

Y el terrateniente --- tal y como hoy gozamos la suerte de soportarlo --- era ya en la historia una deliciosa realidad.

II

Entre los grandes terratenientes ecuatorianos ocuparon siempre lugar principal los Hernández de Guayaquil.

La familia Hernández, porteña, remontaba su origen a un tal don Francisco, don Xavier, o don Francisco Xavier Hernández de Fonseca, gallego hidalgo nacido en la aldeuca costanera de muros, y el cual dizque vino a las Indias al mediar el siglo XVII.

Sus descendientes garantizaban que aquel antecesor mantenía en el reino de Galicia una envidiable situación; pues, entre sus parentelas se contaban duques, condes y marqueses, obispos y arzobispos, y en su misma rama florecían baronías, vizcondados, señorías y caballerazgos, con mucha abundancia.

Afirmaban que abandono su país natal por una aventura galante de la laya de esa famosa Vallemediana, que lo coloco en la disyuntiva de meterse a fraile o emigrar.

Aun cuando lo primero le habría sido ventajoso, prefirió lo segundo. Sin duda, tendría razones de peso para obrar así.

Según la tradición oral de los Hernández, el gallego desposo a una bellísima princesa indígena, primogénita del gran jefe o cacique de los colonches, establecidos en esa ciudad.

La misma tradición contaba que un cuarto nieto --- que se llamaría, a lo que se presume, Juan Manuel ---, también se unió en matrimonio con una mujer de sangre real.

Es de entender que este Hernández armo en guerra una corbeta para atacar al enemigo holandés que infestaba el golfo de Guayaquil causando grave daño al comercio que se hacía por el puerto con las Molucas y la China.

En una de las correrías de la nave, ayudada por otras, dio caza a un barco negrero que se dirigía a Guatemala, utilizando una ruta más larga pero menos peligrosa que la atlántica directa.

En el negrero iba --- comprada para un oidor español de Antigua --- la hija de un reyezuelo africano.

Hernández se enamoró de la princesa y la trajo a Guayaquil, donde se casó con ella. También trajo a algunos negros que le tocaron en el reparto; pero, a esos los mando a trabajar como esclavos en las haciendas de la familia.

Como se ve, los Hernández tenían en su genealogía dos entronques con dinastías reinantes.

Algunos malintencionados circulaban la especie de que todo aquello era pura fabula, y que los proceres criollos la habían inventado para justificar los feos saltos atrás que se notaba en algunos de ellos a lo largo de las generaciones. Nada se logró probar sobre esos puntos, y eran admitidos con ciertas reservas.

Lo que no se podía negar era que los Hernández figuraron destacadamente en la época colonial. Fueron, unos, regidores; alcaldes de la Santa Hermandad, otros; algunos, mayordomos de Rentas y Propios; y, finalmente, uno hubo que llego a ser Alférez Real y Gobernador interino.

En la gesta libertaria y en la era republicana, también se distinguieron.

Pertenecían, heredadamente, al partido de los godos o curuchupas, u lucharon con empeño por sostener en el gobierno a los conservadores.

Fueron siempre muy ricos

Empero, hacia la última época su fortuna sufrió grandes reveses. En la contienda con los liberales gastaron sumas ingentes que mermaron el patrimonio.

No obstante, les quedaban vastas haciendas en la provincia del Guayas y en la parte suroeste de la de Manabí, que se extendían hasta las alturas andinas. Estas haciendas formaban un solo cuerpo, y el latifundio era conocido popularmente bajo el nombre de Pampaló.

Tenían también, algún dinero en efectivo y varios papeles valiosos.

Sobre los Hernández corrían muchas leyendas, entre estas la de un tesoro enterrado cuya ubicación se habría perdido.

En el presente siglo, la familia se redujo a tres personas: tres vejestorios flacos con aire de espectros que no podían estar el uno sin el otro --- María de las Mercedes y Jesusa ---, y un hermano menor, marino de profesión, a quien durante muchos años se lo tuvo por muerto y que luego se dejaba ver solo de vez en cuando en el hogar y que se llamaba Gustavo.

Las dos mujeres --- apodadas “Las hermanas siamesas” ---, habitaban un caserón enorme en la ciudad vieja, que había sido de antaño residencia de los Hernández. Era un edificio de madera, nidal de ratones y recuerdos. Los eméritos cronistas de la urbe lo consideraban como un monumento colonial,

y así lo demostraron en largas polémicas con el director de sanidad, cuando este pretendió hacerlo demoler.

Las Hernández eran orgullosísimas y bien pagadas de las glorias de sus gentes. Decían ellas mismas que eran del ancho de la seda, y se trataban con pocas personas.

En la sala principal de la casa lucían los retratos de sus antepasados y el escudo de la rama, pintado con propiedad sobre una de las paredes. Grabado y esmaltado por orfebres azuayos, lo ostentaban en sendos anillos de oro que se ponían en el meñique de la diestra.

El escudo era muy bonito. Tenía figuras complicadas y colorinescas: había en el, lobos, castillos, robles, copones y por la orla llevaba las cruces de Galicia. Eran indudable que pertenecía a linaje señalado.

Las dos viejas hablaban propositadamente, cuando estaban en presencia de extraños, en un castellano arcaico, y eran muy católicas.

III

Gustavo Hernández se mofaba de los prejuicios de los suyos. A él se le daba un ardite de su abalorio. Juraba que le habría gustado lo mismo se hijo de montubios de Balzar o de cholos de Santa Elena. Cuando sus hermanas hablaban de las gestas legendarias de los Hernández, les cortaban lisamente el discurso:

- ¡Tonterías, ñañas, tonterías! Parece mentira que después de casi un siglo de régimen democrático, piensen aun en esas lindezas sosas de los libros de caballería.

Añadía, generalmente:

- Verdad es que en el Ecuador vivimos, en muchos respectos, en plena Edad Media. En lo social, pongo por caso…

En ocasiones, el tema se estiraba demasiado, hasta que Gustavo Hernández, aburrido, protestaba:

- ¡Déjenme tranquilo, por Dios! ¿Qué mal les he hecho para que me atormenten?

María de las Mercedes, la mayor, solterona recalcitrante, decía entonces con desdén a Jesusa, la menor, viuda sin hijos:

- ¡Déjalo, si, como el pide! ¿Qué vamos a conseguir? Es un nihilista.

Pronunciaba esta palabra con la misma intención y el mismo tono que si hubiera llamado al hermano “hijo de Satanás” o algo semejante.

Jesusa colocaba su eterna jaculatoria:

- El mar lo ha dañado, hermana; el mar… Gustavo no era así. Lo ha dañado el mar…

Reía Gustavo Hernández a gruesas carcajadas.

- Si, el mar… los barcos… estoy cubierto de bruma…

María de las Mercedes clavaba su banderilla:

- Tal vez no sea eso. Quizá, tu mujer. ¿Por qué no? ¡A saber! Una extranjera… una desconocida… ¿Quién tiene noticia de lo que habrá sido, de lo que fueron sus padres?

- Yo sé lo que fueron, ñaña.

- ¿Qué?

- Buhoneros. Los abuelos, contrabandistas; los bisabuelos, bucaneros. Hacia atrás, la noche de los tiempos: la leyenda sustituye a la historia, ¿eh? Es una ilustre genealogía.

María de las Mercedes no perdía el lance

- Quieres burlarte de nosotras; pero, es imposible que, sin pretenderlo, estes hablando verdades a folio. Piratas… mercachifles… hurtadores de impuestos… ¿Quién no piensa en algo peor aún?

- Hablo en serio

- Lo creemos

A veces, las discusiones no terminaban así, tan mansamente, sino que finalizaban en batallas campales. Ocurría esto cuando se referían a la sobrina

- Según mis cálculos, tu hija Alicia frisara ya en los dieciocho años --- comenzaba la hermana mayor.

- Te equivocas. Tiene menos.

- Valga lo que afirmas. De todas maneras, es ya una señorita. Debías sacarla de ese colegio, o lo que fuere, donde la has puesto. Allá en los Estados Unidos, país de masones y herejes, ¿Qué religión le enseñarían a esa almita inocente? Ninguna… o alguna detestable… ¡cualquier idolatría! Será una descreída, una libertina que nadará, que montará a caballo, que hará horrores. ¡Ah, no! Has de traerla acá, a nuestra casa, a este hogar cristiano, para que se instruya en las divinas enseñanzas, en las santas prácticas de Nuestro Redentor. ¡Tiemblo al imaginar el camino que tomaría esa pobre criatura allá en esa tierra de perdición, nueva Sodoma y Gomorra, Babilonia ebria…!

- ¡Ea! ¡Ea! No te entrometas en lo que no te importa.

- ¿Y cómo no nos va importar Alicia a la pobre Jesusa y a mí? Lleva nuestro apellido; por sus venas circula nuestra misma sangre; es descendiente directa, como nosotras, de don Xavier Hernández de Fonseca, aquel ilustre hidalgo gallego que…

- Ya… ya… ya… no vengas ahora a repetirme por enésima vez la biografía del sujeto ese. La sé al dedillo. Oye, y ve si me equivoco… llego a honrar Guayaquil con su presencia en el año de nuestro Señor de 1640; venia limpia de bolsa y sucio de ropas…; pidió unas caballerías de tierra al cabildo; robo cuanto pudo, etc, etc. ¿No es así? ¡Ah, se me olvidaba! Caso con una princesa india… ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Con que princesa india, ¿no? ¡Que divertido!

Las dos hermanas se cubrían el rostro con las manos abiertas, como si delante de sus ojos se desarrollaran un espectáculo obsceno, y decían casi al unísono:

- ¡Oh! ¡Oh! ¡Es horroroso! ¡Reniega de su estirpe!

Reaccionaban en seguida y lo acosaban, lo hincaban, y hostigaban hasta que el, según su expresión, tocaba zafarrancho de combate.

- ¡Váyanse al cuerno, viejas locas, faltas de hombre!

Entonces se desataba la tempestad

Gustavo Hernández no lograba jamás dominar esos vientos contrarios, y se abría mar afuera a capear el temporal.

En otras palabras, que no las suyas, se marchaba a la calle.

IV

Gustavo Hernández había quedado huérfano de padre y madre cuando era apenas púber.

María de las Mercedes y Jesusa, solteras a la sazón, atendían a su cuidado.

Se disputaban el gobierno del chico, y no se ponían jamás de acuerdo, ni siquiera en la más insignificante cuestión.

Le daban ordenes contradictorias. Como el muchacho no satisfacía a entrambas a la par --- lo que era sencillamente imposible --- lo reprendían malamente, llegando a veces a golpearlo.

Después reñían entre ellas, armando unas bataholas horrorosas.

- Yo eran un barco con dos capitanes --- solían decir Gustavo Hernández cuando hablaba de esa época de su vida, a la que tildaba de amarga.

Aburrido, fugo de la casa y se contrató grumete en la Tungurahua, goleta de bandera ecuatoriana que hacia el crucero a las islas Galápagos.

Ese primer viaje por mar fue tan prodigo en espantables incidencias, que cualquiera que no hubiera tenido arraigada vocación por la carrera de marino, no habría vuelto a pisar la cubierta de una nave.

El gobierno de Quito estableció, por entonces, una colonia penal en la isla de San Cristóbal, y la Tungurahua llevaba en sus bodegas como dos docenas de criminales, bajo la vigilancia de una corta escolta de soldados de línea. Portaba, además, un cargamento de víveres.

A cincuenta millas de la tierra insular más próxima, por negligencia del maestro de cocina, se declaró incendio a bordo.

Se combatió heroicamente el flagelo; pero no fue logradero el dominarlo.

Entonces, el capitán resolvió dejar el barco.

Fueron indescriptibles escenas de tragedia las que se sucedieron.

El capitán vacilaba. No atinaba con cuál era su deber respecto de los condenados. Arrimado contra la amura de babor, en la parte de proa, cerca del caperol, se afanaba --- teniendo el folleto en posición invertida --- en rebuscar el Código de Policía Marítima por si encontraba algo prescrito para casos como el que ocurría.

Esto habría sido en otras circunstancias un rasgo cómico. En las de entonces, incitaba a la colera.

La capacidad de los botes salvavidas de que se disponía, era suficiente para que cupieran también los penados; más, el peligro de ponerlos en libertad en tales momentos, se consideraba temible. Eran ellos en mayor que la tripulación de la goleta --- siete hombres --- y la escolta --- cinco --- juntos.

Al fin se decidió dejarlos encerrados en la bodega. No hubo más.

Los criminales suplicaban; demandaban perdón; prometían no causar mal alguno si se los sacaba… Luego amenazaban y maldecían. Parecían trastornados. Lo estarían, tal vez.

No se los atendió. El capitán sollozaba y aseguraba que no habría más remedio que sacrificarlos. El piloto simulaba estar de acuerdo con su opinión. Después se supo que él era de otro parecer y que calificaba de inhumano y de cobarde el proceder de su superior. Lo juzgaba un ignorante, y se reía de el cuándo lo oía preguntar al oficial al oficial de escolta, si este, como militar, creía que el honor de un capitán de marina mercante se mancillaría al no hundirse con su barco.

El militar consolaba al marino y le decía que la goleta no había naufragado, propiamente, sino que se había incendiado, lo cual era muy distinto.

En los botes, provistos de agua dulce y víveres en abundancia, se repartieron la tripulación y la escolta.

Se abrieron de la Tungurahua y procuraron alejarse de ella a todo remo.

Solo media hora antes de desaparecer, todavía los de los botes, ya distantes, percibían los alaridos de los criminales…

Cuando la barca quemada se borró de la superficie de las aguas, los sobrevivientes sintieron que se les esponjaba en el anima una como perversa satisfacción que no eran dueños de controlar…

Gustavo Hernández iba en la misma embarcación que el piloto de la goleta, viejo lobo de mar, conocedor de varias de estas solitarias regiones del Pacifico.

Del otro, donde iba el capitán y el jefe de la escolta, no se tuvo noticia jamás.

Sin duda el océano lo juzgo buena presa, y se lo trago.

V

El bote en que se puso a salvo Gustavo Hernández, permaneció en el mar algo más de una semana.

Lo tripulaban cuatro personas en total, y estaba literalmente abarrotado de provisiones.

Armada de una minúscula vela latina, cogida en un aparejo rudimentario, pero manejaba con habilidad, la navecilla se mantenía constantemente al socaire de las escolleras y aprovechaba la menor ráfaga de brisa para avanzar hacia el puerto seguro.

Lamentablemente, cuando ya se divisaban en lontananza --- por lo menos tal se creyó ---, las alturas de la española, y confiaban los náufragos en abrigarse en la bahía de Gardner, se engolfo la correntada que atraía a la isla y sobrevino una calma chicha contumaz, de las características de aquellas zonas.

Tres días duro la tregua de Eolo.

Por fin se levantó una ventolina que paso pronto. Se puso luego aborregado el cielo, y plomiza y gruesa el agua. Después comenzó a soplar un sudeste pesado, ancho y poco sostenido, que ni siquiera tensaba la lona.

El pequeño velero derivo hacia el primero rumbo del cuarto cuadrante; y, así, en norte cuarta al noreste, navego durante cuarenta y ocho, con breves intervalos.

A lo último se tenía por estribor la costa accidentada de la isla de Santa Cruz; pero, por mucho empeño que se hizo, no se consiguió abarloar a los cantiles, como habría querido el piloto.

Hacia un atardecer el bote se estrelló con poca fuerza contra unos arrecifes superficiales de aquel islote desierto al que, por llamarlo de algún modo, se le llama el islote Sin Nombre, o sea, el viejo Nameless de los filibusteros ingleses.

Si bien la embarcación quedo inutilizada, se alcanzó a saltar, casi todo el cargamento y, como en el islote había caza --- algún puerco bravío fue reconocido ---, y fuentes o depósitos de agua dulce, la subsistencia de los náufragos estuvo asegurada.

Arreglaron una a manera de tienda con la vela del bote, y se resolvieron a esperar la oportunidad de trasladarse a cualquiera de las dos islas más próximas: la de la Santa Cruz o la Pinzón.

Formalizaron un pacto de amistad y se prometieron mutuamente ayudarse los unos a los otros.

VI

Al hablar de Gustavo Hernández, los marinos veteranos de la costa ecuatoriana que lo habían conocido desde que era un muchacho, referían una historia nada agradable sobre aquel tiempo de su estada en el solitario islote Sin Nombre, con los otros tres tripulantes de la Tungurahua.

Contaban que un día, andando de caza con un marino por la parte norte de la isleta, Gustavo Hernández dio muerte a su compañero. Parece que este, enardecido por la larga continencia, trato de violentar al grumete, el cual --- casi vencido por su forzudo agresor --- saco disimuladamente una navaja del bolsillo y le secciono por completo su miembro viril.

El marino se desangro por la bárbara herida, falleciendo a poco entre grandes sufrimientos.

Añadían los narradores que Gustavo Hernández asistió impasible a la agonía de aquel hombre.

Por mucho que encontraban justificaba la conducta del grumete, criticaban acerbamente su falta de humanidad, demostrada al no prestar algún alivio al moribundo, a quien --- decían --- debía haber perdonado generosamente, como cumple a un cristiano y a un ser civilizado.

Terminaban expresando que el gesto tranquilo de Hernández ante su víctima delataba en el un fondo de maldad inexcusable.

Negaba el interesado la exactitud de esta historia.

Juraba que la verdad era otra: que el marinero sufrió una alteración repentina de las facultades mentales y se arrojó al mar desde la saliente de una roca elevada, despedazándose en las escolleras. La circunstancia de haber sido encontrado el cadáver sin miembro viril, la atribuía a que un tiburón se lo habría comido.

Lo cierto es que jamás trataba espontáneamente de este asunto, y se advertía que, cuando alguien en su presencia aludía a eso, se mortificaba.

Alguno creyó ver que los ojos se le entristecían, como si estuviera a punto de llorar.

En tales ocasiones se lamentaba porque los de su misma profesión son los peores enemigos que uno tiene, ya que acogen todas las calumnias para explotarlas.

Se dolía, también, de que en esta época no hay amigos sinceros y de que la amistad misma es, ahora, un mito tan falto de base como el de la ínsula de Samborondón.

VII

Como en desquite, Gustavo Hernández deslizaba en sus charlas una narración extraordinaria que sus oyentes ponían en tela de juicio.

Dizque, cierta tarde, al regresar de una excursión por el interior de la isleta en busca de agua fresca, se halló con que sus compañeros de penalidades habían partido, sin duda en alguna almadia pequeña que construirían sin que él se hubiera dado cuenta. Probablemente, la balsa no soportaría mucho peso; por cuyo motivo los otros dos náufragos, a pesar del juramento de unión y de auxilio, lo abandonaron recomendándole a su propia suerte.

Lo dejaron, empero, un poco de víveres y algunas ropas. La lona de la tienda se la llevaron, acaso para utilizarla como vela.

Gustavo Hernández se echó a llorar, afligido y desconcertado; más, como con las lágrimas no obtenía provecho, se calmó y reflexiono, no tardando en reconocer que el piloto y el marinero habían obrado bien hasta cierto punto, y que el instinto de conservación está por encima de todo.

A los dos o tres días, cuerpo de un ahogado fue arrastrado por la resaca y depositado en la playa.

Gustavo Hernández lo identifico como el cadáver del piloto. Supuso que el fuerte oleaje destruiría las amarras de la almadia, desarmándola, y que sus tripulantes habrían perecido en la aventura. Acaso no fue el piloto la única víctima. Quien sabe…

Entonces el grumete concibió una idea desesperada. Se desnudo, quedándose solo con un calzón corto, y se lanzó al mar, apoyándose en el ahogado. Lo fortalecía la esperanza de arribar con su fúnebre vehículo a la isla habitada de la Santa Cruz.

Fue empujado por la correntada. Estuvo en trance de perecer el, también, como sus predecesores en el afán; pero, milagrosamente, las olas lo llevaron a la isla de la Rábida.

Aun cuando no era su propósito llegar a esta isla, que juzgaba inhabitada, se alegró de su buena suerte.

Extenuado, nauseoso por el agua salada que había trasegado y por el hedor insoportable de la cadaverina, fue recogido en la playa por unos pescadores de bacalao.

En aquellos años, agradeció su salvación a una medalla de la Virgen del Perpetuo Socorro, que era un recuerdo de su madre y que pendía de su cuello como una venera.

En la actualidad se gloriaba de que eso fue obra de su energía, y repetía vanidosamente que para él no existían obstáculos, porque sabía reducirlos. Agregaba que, a un hombre decidido, nada hay que lo pueda, ni seres ni elementos. Él se tenía por un hombre decidido.

Quienes lo escuchaban, se sentían tentados de sonreír, por lo menos…; pero, el marino era hombre musculazo y de muy mal carácter, no ganando reparo para liarse en riñas.

Estas consideraciones contenían a los oyentes en sus burlas.

VIII

Aventura tras aventura, de isla a roca y de roca a islote, Gustavo Hernández paso en el archipiélago de las Galápagos cerca de un año.

De su permanencia allá trajo cosas singulares que contar, en las que era ostensible que su imaginación metía baza.

Aseguraba que habían monstruos enormes --- no catalogados por los zoólogos ---, que surgían del mar y asolaban las costas. Dizque cuando tales animales salían todos los seres vivientes capaces de trasladarse, se refugiaban en las cordilleras y cerros del interior de las islas, huyendo de la muerte. Los monstruos --- verdaderos basiliscos --- mataban con solo mirar, y donde asentaban la planta, la vegetación se marchitaba no volviendo a crecer jamás.

Gustavo Hernández creía --- o aparentaba creer --- en la existencia real de las sirenas.

Explicaba que, así como las flotas de guerra tienen su base naval o sus estaciones de carboneo, ellas tenían uno como apostadero, el cual era la Roca Redonda, isleta desolada al noroeste de la Isabela. En los plenilunios, recorrían los estrechos y canalizos cantando para hechizar a los balleneros y a los pescadores de bacalao.

Las defendía calurosamente. Según el, no eran tan malas como las juzga el vulgo. Se recreaba en decir que había algunas verdaderamente bonitas y que, andándose hábil, podía uno hurtarse a su encanto maléfico y gozarlas como a cualquier mujer de tierra adentro.

Él se enorgullecía de haber cohabitado con una sirena que, cierta noche, temeroso de que ella pudiera adelantársele, degolló con la concha afilada de una tortuga marina.

Hablaba --- también --- de una ciudad misteriosa que existía en el cráter de un volcán apagado de la Fernandina. Tal ciudad era hermosísima, con sus murallas de plata reluciente y sus puertas de oro con embutidos de perlería y zafiros. La habitaban individuos de una raza que dizque pobló el continente, hoy sumergido, que hubo en el Pacifico y del cual serían las Galápagos los picos más sobresalientes de sus montañas.

Hernández no había entrado en la ciudad; pero estaba seguro de haberla visto de lejos, a la caída de la tarde, cuando el astro diurno emite su rayo verde taumatúrgico y sopla el polvoroso viento solano… Había visto, así mismo, a sus habitantes, asomados al almenaje o aguaitando por las aspilleras. Algunos parecían chinos y otros, su hubieran confundidos con los micos cara blanca de las selvas del Ecuador.

El marino se habría dejado cortar la cabeza --- según amenazaba --- de comprobarse que las islas Galápagos no escondían en sus entrañas tesoros

ocultos por los corsarios y piratas de remotos siglos. Creía en esas flojas leyendas como en artículo de fe. Entendía que, con un poco de paciencia y buena voluntad, y auxiliándose de elementos apropiados, lograría cualquiera hacerse fabulosamente rico escarbando la tierra en determinados lugares, de los cuales el guardaba enrevesados planos.

Era curioso que, en cambio, pensara entonces que todo era mentira en la tradición familiar del tesoro de su familia.

Finalmente, decía que a la entrada del puerto principal de San Cristóbal aparecía una roca con figura de león, que era el guardián del archipiélago. En ocasiones, la pétrea escultura natural rugía destempladamente, oyendo sus rugidos en muchas leguas a la redonda. (Sera de pensar, por ejemplo, que tal ocurría cuando --- en carnavalescas maniobras de ataque al Canal de Panamá --- surcaban esas aguas territoriales de la Republica las escuadras yanquis.)

Hernández poseía, como se ve, una fantasía desbocada; y, es de suponer que su estada en las islas Galápagos, unida a sus lecturas posteriores de Darwin, Agassiz y otros, juntamente con sus viajes por el sertao del Mozambique portugués, fue lo que hizo brotar en su cerebro aquellas ideas sobre los monos y su evolución, que más tarde pretendió poner en práctica.

Si bien no cabía estimarlo como hombre de mente cultivada, era manifiesto que había estudiado algo, pero sin orientación. En sus conocimientos había extensas lagunas que su movible imaginación no alcanzaba a cegar.

Cierto profesor de la Universidad de Guayaquil, que se amisto con Hernández hacia los postreros años de este, dijo que era el marino el tipo más completo y complejo del indigesto cerebral que había tratado.

IX

Al cabo del año, estando una mañana en la bahía de Fresh Water, en la isla de San Cristóbal, vio fondear una fragata carbonera australiana, que seguía ruta a Sydney desde San Francisco de California, y que recalo en aguada…

Gustavo Hernández se embarcó en un chinchorro y fue a ofrecerse como grumete o muchacho de cámara al capitán del velero.

Lo aceptaron a bordo, logrando por este medio salir de su destierro, del cual se sentía ya hastiado.

La fragata --- que era de cuatro palos --- se llamaba Sea Serpent, pero, aun cuando iba solo en lastre, no hacia honor al monstruo marino de los calenturientos mitos de los navegantes. Era un armatoste pesado como una casa, que, en pleno piélago, recibiendo el viento de popa o de costado, apenas si se movía.

No estarían quizás bien arreglados los papeles de Ordenanzas o, acaso, conducirían en lo más recóndito de la sentina algún extraño cargamento; porque, en cuanto se daba el aviso de buque en el horizonte, la Sea Serpent desviaba su marcha, evitando disfrazadamente el encuentro. Esto valía --- por supuesto --- grandes pérdidas de tiempo; pero nadie protestaba. Se veía --- por lo demás --- que el piloto no era muy ducho en navegar por el Pacifico. Transcurría el mes de enero, y a punto estuvo de meter la nave en la zona azotada por los fuertes monzones del sudeste. Cupo gran culpa en este riesgo --- debe confesarse --- el andar irregular de la fragata, que buscaba siempre las regiones solitarias o las vías de navegación poco frecuentadas.

Con otro grumete --- un chico mexicano del archipiélago de Revillagigedo ---, Gustavo Hernández se turnaba como serviola.

Retrepando en la cofa de trinquete o montado a caballo en la cruceta, tenía severa orden de otear la ontananza en todos los sentidos, pero especialmente sobre el rumbo, gritando la más insignificante novedad que advirtiera.

A las muchas singladuras, cuando la fragata atravesaba el meridiano de las islas de la Sociedad, no anuncio oportunamente la presencia de una escampavía de la bandera francesa. El barco de guerra simulo no apercibirse siquiera de la Sea Serpent y paso de largo.

Pero el descuido le costó a Gustavo Hernández sufrir una feroz azotaina del contramaestre.

En adelante, fue un verdadero Argos.

Cuando llegaron al continente australiano, abandono la fragata.

Antes de arribar a Sydney, aprovechándose de una escala ocasional que hizo el velero en la Bahía del Peligro, se tiro al agua, y nadando alcanzo tierra.

De Australia, embarcado en un mercante inglés, fue a Tasmania. De ahí, trabajando su pasaje en otro buque británico, se dirigió a Hiwaoa, en el archipiélago de las Marquesas.

La nave hubo de acoderarse a dique en Nueva Zelandia para limpiar fondos; y, así, pudo Gustavo Hernández visitar Auckland, Helensville y otras poblaciones importantes de la isla.

En Hiwaoa lo despidieron del barco, porque se dejó sorprender tontamente cometiendo raterías en la despensa.

Tuvo que quedarse, aun cuando sus deseos habrían sido continuar navegando.

X

Ponía en sus frases Gustavo Hernández, al hablar de su vida en Hiwaoa, un dejo hondo de melancolía.

Si imaginaba que por mucho que su existencia durara miles de años y recurriera por todos los países de la redondez del planeta, jamás se le brindaría tan amable como allá.

Insistía sobre eso:

- Si es verdad que, al expirar uno, el espíritu alienta fuera del cuerpo material y perdura; y, si es verdad que entonces se actualizan a voluntad las circunstancias pasadas, yo volveré con el mío a Hiwaoa.

Para el, era eso como el paraíso terrenal.

- ¡Nada hay más bello! Yo he viajado por el sur, en el Antártico… ¡Pues, ni siquiera el sur es tan bello! ¡Y que mujeres! ¡No han de ser más hermosas las huríes del cielo del Profeta!

Él había tenido relaciones --- declaraba que maritales --- con una linda muchacha de Hiwaoa, de purísima raza autóctona y perteneciente a elevada casta gobernante.

Se unió a ella según el pintoresco rito de un culto primitivo.

- Esta relación es tan vieja como el mundo --- subrayaba

Posiblemente querría significar que yacio con la hembra como lo hacen las fieras en los bosques. Tal vez, no.

De sus amores había nacido un hijo.

Dizque era precioso --- un delicado muñequito de bazar --- con los ojos verdes y el cabello leonado del padre y la tez cobriza y sedosa de la madre. Un tanto debilucho, también, por la exclusiva juventud de sus progenitores.

Cuando alguno apuntaba maliciosamente que la raza aborigen de las islas Marquesas desapareció hace muchos años, y que era cuestión casi imposible el que restaran ejemplares de sangre entera, Gustavo Hernández se violentaba extraordinariamente.

Expresaba que todo era una exageración absurda de los etnólogos alemanes y que nadie podía saber mejor que el sobre la supervivencia de los pobladores, originario de aquel grupo, porque él estuvo allá, y era eso cosa que le constaba de ojos.

Acaso anduviera por lo justo en sus apreciaciones; pero se ignora por que atribuía de exclusivo a los sabios germánicos el aserto de la extinción de los indígenas de las Marquesas.

- Esos ridículos doctores de cabezas cuadradas, que han viajado por Oceanía con una impedimenta de actriz de opereta, no vieron las realidades lealmente, fielmente… sino a su acomodo, tratando de comprobar las lerdas y cachazudas teorías que inventan. ¿No comprendes? ¡Si lo propio han hecho los Galápagos!

Para explicar su salida de Hiwaoa dejando a su encantadora mujercita y a su bebe, se extendía en un complicado folletín donde intervenían siniestramente venganzas familiares, odios de clases, sorpresas, asaltos, emboscadas, venenos misteriosos y un boomerang australiano que disparaba solo… A veces, el boomerang australiano se convertía en kris malayo, y entonces era una mano invisible que lo lanzaba…

Los colegas de Hernández comentaban la historia a sus espaldas. Decían que su argumento era el mismo de muchas películas norteamericanas, y que era de suponer que Hernández había visto alguno de aquellos films en el cine de quien sabe que escala; creyéndose luego, de buena fe, el personaje, cambiando ligeramente el escenario… En vez de ser Tahití, Hawái o Bora-Bora, era esa minúscula Hiwaoa, perdida en el Archipiélago de las Marquesas, humilde perla de la fabulosamente ancha mar del sur…

Sus raros amigos de confianza se permitían gastarle veladas alusiones irónicas, de las que el aparentaba no darse cuenta. Cuando lo advertía entristecido y silencioso, le palmeaban cariñosamente los lomos robustos.

- Ya sé que te sucede, Gustavo Hernández --- le decían con fingida compasión.
- ¿Qué? --- preguntaba el hoscamente.
- Estas recordando a la mujer y al hijo que tienes en Hiwaoa.

Como diez u once años viajo por Oceanía.

Allá se convirtió en un marino profesional y comenzó a amar de veras, en plenitud, tal que, a una hermosa querida traicionera, al “monstruo de sonrisas innumerables”.

El encanto atrayente de esas lejanías ignotas, que hiriera su fantasía de muchacho cuando en el caserón solar de Guayaquil leía libros que en ellas colocaban escenas truculentas y apasionantes; se le ofreció, ya no trajeado con la aurea veste de las lindas mentiras; pero con la desnudez sugerente de lo obvio.

En sus noches de marinero, tendido cara el cielo sobre el clásico rollo de cabos, mirando las constelaciones australes prístinamente recortadas en la infinita azulidad, Gustavo Hernández sintió más de una vez que el alma se le quería salir cuerpo afuera, anhelosa de un extraordinario navegar por los espacios abiertos, sin puertas ni fronteras: sedienta de inmensidad ganosa de bogar sin rumbo --- como las nubecillas allá en la altura --- al compás y antojo de los vientos caprichosos.

En ocasiones --- reconocía --- la vista del paisaje soñoliento bajo el sol a plomo, de alguna isla solitaria, le sugería el deseo del reposo, de la tranquilidad serena. Suspiraba --- entonces --- por una existencia que se deslizara simple y vacía, hora de novedades y en la que se estaría seguro de que el mañana seria la pobre repetición del hoy insípido.

Era en tales momentos --- se comparaba --- su alma la gaviota que, fatigaba, ansia por la tibieza del nido: era el ave de cetrera que añora el sostén de la alcántara propia.

- ¡Que no hubiera dado yo, cuando esa obsesión me acongojaba, por tener un hogar, y en el un amor! Un amor claro, sin tragedias, sin espectáculo, sin ruido… El amor de una mujer que hubiera sido hasta fea, pero, eso sí, buena…

Añadía:

- Que en ese hogar habría sido la melodía de dos almas gemelas, de una misma raza, con ideales semejantes…

Se sentía poeta y melificaba la voz:

- Yo creo que el hombre es un animal sedentario por excelencia. De rodar se hastía.

Empleaba, al pronunciaba estas palabras, un tono vago, lento, que se percibía cargado de remotas memorias, de nostalgias inconfesas.

Quedaba en el ánimo de sus oyentes una impresión suave. Les parecía que escuchaban la voz opaca de alguna agujereada nave, ya irreversible y varada para siempre en el pudridero de una playa no transitada… Así como el hablarían, de hablar, las viejas barcas que han surcado largamente con sus proas aguadas las aguas del globo entero: que han sufrido en sus quillas angustiadas la salada mordedura de las ondas de todos los mares.

Agregaba Gustavo Hernández a su discurso:

- Si, de rodar se hastía uno. El fastidio de alta mar es el más atormentador de los fastidios. Es peor que el spleen de los lores ingleses…

Reía.

- El serrano no se aburre en su serranía; el costeño si se aburre de su costa y procura irse por el mar que le canta al pie. Mas, ya hecho marino, se aburre del mar a la larga…

Concluía:

- Pero, y es curioso, el serrano que sale de lo suyo, no quiere volver allá mientras que el marino que se hostiga de navegar, pronto regresa al agua. No falla.

Luego trataba de explicar esto, y se enmarañaba en una disertación llena de metáforas que el pretendía que eran olorosas a algas… y que se delataban ajenas…

Bordaba mil y unas preciosidades sobre el encanto de los océanos y su fuerza de atracción, y --- por último --- se arrestaba a demostrar que de todo tenia la culpa el ozono y que el ozono es el alma gasificada del mar…

Gustaba Hernández, conforme se apreciará, cuando se ponía en poeta, se ponía, también un tantico pesado…

En cambio, era delicioso cuando en sus charlas aludía siquiera someramente el pasado naval de Guayaquil.

Aparentaba ser bastante enterado de la historia de lo que fue Astillero Mayor de la Mar del Sur en sus vinculaciones con Oceanía y con las escalas orientales de Asia.

Comentaba las pasadas épocas --- los siglos XVII y XVIII ---, cuando Guayaquil se preciaba de ser el mejor puerto de salida sobre las vías del Pacifico; y sostenía que, en puridad, a pesar de su actual orgullo de urbe cosmopolita, la villa que se defendió como una perra brava de los ataques del almirante holandés Jacobo de L’Hermite, atravesaba por un periodo de honda decadencia.

Gustavo Hernández sufría por eso.

Llegaba a manifestar que le gustaría que aun fuera su ciudad natal, como otrora, la más ambicionada presa de los piratas y de los corsarios.

No hay responsables a sus coterráneos de la presunta decadencia.

Reconocía que los guayaquileños alientan genio de navegantes.

- Yo soy una muestra --- exclamaba ---. Y hay muchos como yo. Los he visto embarcados en buques de todas las banderas que flamean en el agua.

Achacaba el oro californiano el que Guayaquil hubiera perdido su importancia de antaño.

- Cuando se descubrió la pepa amarilla, San Francisco, que era entonces un poblachón oscuro, cobro valor y atrajo hacia el todo el comercio del Grande Océano. Nuestro puesto decayó. Otros con más pobres condiciones, lo superaron luego. ¡Ahora es tarde para

reaccionar! Aunque, ¿Quién sabe? Tal vez el porvenir le reserve una situación mejor.

Disertaba extensamente sobre el asunto. Por lo general, terminaba exaltándose.

Profetizaba que Guayaquil seria algún día, por segunda vez, la reina del Pacifico nuestro, y que su futuro cierto está en la marina.

- Ya no solo el de Guayaquil, sino el del Ecuador: su historia se proyecta hacia allá.

Se entusiasmaba con estas reflexiones.

- ¿Han observado ustedes que la costa ecuatoriana se mete al mar? Casi toda costa huye del mar; y es este quien la busca. La nuestra, no. En una ancha curva, que parece el vientre de una mujer, se empuja a él; y en el golfo de Guayaquil, como por un sexo propicio, se deja penetrar largamente…

Al decir esto, sonreía con orgullo, como si hubiera inventado la pólvora.

XII

De Oceanía guardaba un recuerdo permanentemente freso.

Polinesia, Australia, Melanesia, Micronesia… no ocultaban secretos para él.

- Los conozco lo mismo que conozco la palma de mi mano y puedo cruzar por todos sus vericuetos como una hormiga por los de su hormiguero.

Miraba a su interlocutor --- cualquiera que fuese este --- con un gesto de franca superioridad.

- ¡Y navegando a la estima! No valiéndome de esos aparejos que hoy se usan. Solo la fiel brújula.

Los estrechos le eran familiares.

- ¡Tanto como a un vecino de ciudad el zaguán de su casa!

Afirmaba que en noche cerrada y guiando la nave, se atrevería el a traficarlos, aun ahora, después de años…

- El marino tiene doble vista. Se acostumbra uno. Todo es cuestión de enseñarse.

Puesto delante de un mapa de aquel continente, se transformaba.

Llevaba el índice de un lado para otro, aligero.

- Yo anduve por aquí… y por acá… y por allá…

Designaba islas que no figuraban ni en las más minuciosas cartas de navegación del Almirantazgo británico. Eran de nombres raros, casi impronunciables.

- Han omitido los de Londres esta isla. ¡Verdad que es tan pequeña! Además, hay que declarar paladinamente que la geografía de Oceanía aún no ha sido acabadamente estudiada. Hay zonas inexploradas en lo absoluto.

Convenia, también, en que hay ciertas islas que surgen del mar, permanecen un tiempo a flor de superficie, y vuelven a sumergirse.

- Acaso esta que visite fuera una de aquellas. Porque no comprendo que el Almirantazgo ingles la haya olvidado.

Proclamaba con validad que había recorrido toda la escala jerárquica del marino mercante: de grumete a capitán. Evocaba en cierta manera a don Juan gloriándose de sus conquistas.

- Lo he sido todo…

Con sus colegas que hubieran recorrido como el Oceanía discutía rutas y modos de navegar.

Se hacia notorio, entonces, que sabía de lo que hablaba, pero que exageraba un tanto sus conocimientos náuticos.

Si bien aceptaba y confesaba el haberse equivocado en alguna cosa, había un punto sobre el cual no admitía replica, duda ni observación.

Creía que él y un escandinavo o dinamarqués --- un tal Hanz Erikson --- eran los dos mejores, y únicos verdaderos, pilotos del mar de la Sonda.

Y, arrogantemente, desafiaba a cualquiera a que le probase lo contrario.

XIII

- Desgraciadamente, yo no puedo volver a Oceanía. Los japoneses plagan sus mares, y esos diablos amarillos nada echan en saco roto… Me matarían…

Eran una historia. Su capítulo XIII, precisamente.

- Eso no sucedió propiamente en Oceanía, sino en el archipiélago malayo.

Hernández tenía contrata de piloto en un brick-barca holandés de la matrícula de Ámsterdam, que hacía dos años se dedicaba a navegar entre los puertos de la Malasia, pero que estaba pronto a regresar a Europa.

- Era un buque chico. Pagaban muy mal. Pero yo tenía el deseo de conocer el Viejo Continente, y el capitán me había ofrecido llevarme hasta Holanda.

En el barco neerlandés trabajaba un marino oriundo del Imperio del Sol Naciente.

- Era un hombre muy ilustrado y muy fino para que fuera realmente lo que simulaba. Nadie me quita de la cabeza que era un espía japones.

Hernández lo juzgaba un oficial de la marina de guerra nipona, disfrazado, que andaría de caza de secretos explotables o levantando cartas de la Malasia. Habría escogido el modesto brick-barca para llamar menos la atención.

Dizque un día, sabiendo el amarillo que el piloto era de Guayaquil, empezó a burlarse de él, recalcando que el Japón se había aprovechado como mejor uso del Ecuador; pues, cuando el Imperio, estando en campaña internacional abiertamente abierta, compro a nuestro gobierno el crucero de batalla Esmeraldas, lo hizo atravesar el Pacifico, para que lo creyeran neutral, usando la bandera de la Republica y no el guion del Mikado.

Gustavo Hernández reclamo orden y continencia a su subordinaría; y, además, protesto por las alteraciones que a la verdad hiciera, alegando que los acontecimientos no se desarrollaron así, y expresando a la postre que los japoneses y su ascendencia era una taifa de infelices, muertos de hambre.

Replico el insular, calificando a los ecuatorianos de monos, salvajes, indios con taparrabos, y endilgando toda una sarta de galanuras de la índole.

De seguida, se armó en forma un cambio de injurias.

En esto se refirieron a las banderas.

El del archipiélago dijo que el iris del Ecuador parecía un huevo podrido derramado, y el ecuatoriano contesto con desdén que el pabellón japones semejaba --- o mejor, era --- la servilleta higiénica de una mujer menstruada.

Se exaltaron los ánimos a tal extremo que los rivales se fueron a las manos.

Hernández, aullando de dolor bajo una llave jiu-jitsu que le metió su contrincante, desnudo la faca y se la clavo en el vientre del nipón, quien murió poco menos que en el acto.

Según está comprobado, Gustavo Hernández era un acendrado patriota y hasta un héroe, que mantuvo muy en alto el honor de la Republica en aguas malayas.

Muchos prohombres nacionales que disfrutan de gloria eterna y de estatua en alguna plaza pública, han hecho, en verdad, mucho menos que el…

XIV

A consecuencia del hecho de sangre en que resultó muerto el japones, el capitán conmino prisión a Gustavo Hernández, a quien mando encerrar en la bodega del brick-barca, pero con poca vigilancia.

Esperaba entregarlo a las autoridades del fuero en la primera oportunidad; pero, tenía la confianza en que su piloto no escaparía, y no tomo con el mayores precauciones.

En lo inmediatos días subsiguientes al de la tragedia, no le permitió salir ni un momento del encierro; más, luego consintió en que paseara de tarde sobre la cubierta, para que respirara aire fresco.

Lo dejaba acercarse a la rueda y aun maniobrarla. En los casos difíciles y apurados, como el segundo piloto no era muy experto, lo consultaba.

En cuanto al cadáver, después de reconocido y autopsiado por el médico, fue echado al mar, convenientemente amortajado y con un trozo de lienzo en los pies, para que se hundiera.

Sin más ceremonia, el capitán levanto una información sumaria que depositaria en poder de las autoridades junto con el preso, y las faenas marineras recobraron su normalidad.

Si bien el holandés ofreció a su piloto que haría por el cuanto honradamente estuviera a su alcance para que la pena no fuera muy grave, Hernández, o no se satisfizo, o no dio mayor crédito a sus palabras, y decidió fugarse en cuanto se le presentara la ocasión.

Venturosamente para sus designios, antes de arribar a puerto alguno ocurrió abordaje con un pesquero.

Apoyado en la complicidad de los dos marineros del brick-barca, Hernández logro pasarse por uno de los escobenes al buque abordado.

Así recobro su libertad.

Entonces comenzó para él un éxodo odioso de vagabundo perseguido de la justicia.

De mucho le valieron en tales trances sus relaciones de amistad con capitanes y pilotos de los pequeños barcos de las líneas, interinsulares de Oceanía; pues, como pudieron, aquellos lo auxiliaron y ampararon, dándole en sus naves ocultadero más o menos seguro.

Sabiendo que el gobierno de Tokio y el de La Haya habían impartido órdenes a sus marinas para que lo capturaran vivo o muerto, a cualquier precio, no se atrevía siquiera a asomarse a las escotillas de los buques donde andaba escondido, cuando estos andaban a la vista de la costa; y, según propia comparación, su existencia era casi igual a la de una rata de abordo.

De barco en barco, sufriendo penalidades sin cuento y atravesando riesgos graves, en los que estuvo en un tris de caer en manos de sus perseguidores, paso varios meses.

Al fin logro tomar tierra en Madagascar.

Un antiguo compañero de trabajo, que lo encontró desarrapado y casi sin que comer en Tanarivo, lo condujo al Mozambique portugués.

Allí, Gustavo Hernández se radico.

XV

Puede decirse que, en la biografía de Gustavo Hernández, marino ecuatoriano, hay una solución de continuidad: la parte referente a su estada en el Mozambique portugués y salida de allá.

Según se desprende del cotejo de fechas, la residencia no fue corta antes bien, fue larga. Tal vez duraría cuatro o cinco años. Quizás seis.

No obstante, esto, acaso porque no le conviniera, acaso porque nada interesante tuviera que contar sobre eso, o acaso por un mero capricho de los en el frecuentes; aludía solo ligeramente en sus charlas a su vida africana.

Como quien cruza sobre las brasas.

Es de entender, con todo, que fue esa época la que más influyo en el desarrollo de ciertas ideas suyas, según se ha expresado.

Por eso y por otros datos, cabe creer que anduvo en discipulados con los famosos negros brujos y que se internó por las junglas aún más allá de las fronteras de la colonia lusitana; batallando con los animales feroces y con los hombres salvajes, y obteniendo de estos últimos, a la paz o la guerra, quien sabe que, absurdos secretos sobre la generación y la evolución, que él se pensaba en la obligación sacratísima de no revelar jamás, por mucho que reconociera poseerlos.

- Pero, ¿Qué hiciste en África, Gustavo Hernández?

- Lo mismo que todos, lo mismo que harían ustedes de visitar eso: cazar. Ahora, al continente negro solo se va a cazar… a cazar fieras o a cazar hombres… Nada más… O a buscar diamantes; por supuesto, arrebatándoselos a quienes ya los encontraron antes… Es más sencillo.

- Bueno, ¿y como saliste de ese infierno?

- Eso es un cuento muy largo y muy simple que no vale la pena.

Narraba, a veces, que llego a su conocimiento --- y, de cierto que, por una vía extraordinaria y misteriosa, cosa de hechicería ---, la noticia de que el gobierno lisboeta había concebido su extradición. Entonces determino emigrar de la posesión, maldiciendo previamente a los portugueses nacidos desde los días de don Enrique el Navegante hasta la actualidad.

Se dejo crecer el bigote y la barba abundantemente, tiñéndose los cabellos con un jugo vegetal; lo que transformo su fisonomía.

Además, un curandero amigo le dio un bebedizo que cambiaba temporalmente el color de las pupilas.

Lo tomo, y se le tornaron las suyas negras y relucientes.

- Se dilataron, también, como si me hubieran frotado belladona. En la oscuridad, eran luminosas como las de los felinos.

Quien se le proporciono, afirmaba que el bebedizo estaba compuesto con el humor vitreo de los ojos de tigre matados al amanecer.

- Poco a poco mis pupilas volvieron a su verde primitivo.

Otras veces, la narración sufría alteraciones fundamentales.

Y, era notorio que Hernández no trataba con esto de engañar a quien lo escuchara, sino más bien de desconcertarlo.

Cuando se le hacía advertir las variantes que introducía en sus dos propias versiones, murmuraba cansadamente:

- No se... no se... Seguramente, sufro ya de amnesia. Hay momentos en que pienso que estoy un tanto loco.

Hacia vagar sobre el rostro de su interlocutor una mirada placida, y sonreía sin expresión.

En lo que sus dos historias africanas coincidían y marchaban de acuerdo, era en que luego de salir del Mozambique portugués, Gustavo Hernández (que parece que cambio entonces su apellido por el de Echarri, o algo así) padeció mucho --- una vía crucis, decía ---; probo mil y unas amarguras, soporto el hambre y la sed hasta que consiguió plaza de camarero en un lujoso 15.000 toneladas de la Compañía Danesa del Asia Oriental.

Y fue así que pudo realizar su antiguo sueño de ver Europa.

XVI

Al cabo de mucho tiempo de trabajar en las unidades de la Det Ostasiatisk Kompagni, ocupado en los más diversos menesteres, se encontraba un día en Copenhague, de obligadas vacaciones, mientras el vapor en que estaba empleado era reparado de serias averías en los astilleros de Herlsingoer.

Recorriendo el Gammelstrand se topó de manos a boca con una amiga antigua de las rutas meridionales, un tal Zahle, de Aalborg.

Le ofreció el danés contrata en un velero de su propiedad, que permanecía al ancla en Esjberg, en el mar del Norte, listo ya para salir, en su primer crucero, con rumbo a la isla, entonces todavía dinamarquesa, de Santo Tomas, en las Antillas.

Gustavo Hernández se sentía hastiado de los mares asiáticos, cuyos puertos jamás lo emocionaron mayormente.

- Yo no he comprendido el encanto del Oriente, ese supremo encanto exótico de que se hacen lenguas los cronistas... --- decía con modestia, como quien reconoce una falta, una incapacidad.

Además, lo molestaba su situación allá: siempre con el temor --- vago ya, pero aun latente --- de ser reconocido y capturado por la policía de Mikado.

Acepto Zahle y se embarcó en el velero

Llegado a Santo Tomas, cancelo su contrata.

- Pero me quedé en la isla, y luego me puse a recorrer casi todo el archipiélago de las Vírgenes. Yo no sé quién ni por que las bautizo con ese nombre: más, en justicia, se lo merecen. Son un grupo de doncellas risueñas.

Después hizo la travesía de New Orleans

- Visité innúmeras ciudades del Este de la Unión, y me hice de amistades valiosas, entre ellas la de Mr, Harold Knee, director de un famoso colegio en Richmond. Me sirvió de mucho. En su establecimiento se educó mi hijita.

El amor del mar y el deseo de ver nuevas tierras, lo obsedieron a la postre. En Nueva York busco plaza a bordo de un paquete de línea atlántica a Sudamérica.

- Mis empeños por ver la capital más grande de nuestro idioma, eran fuertes. No Sali defraudado. Buenos Aires era una maravilla.

En la metrópoli argentina fijo residencia provisional. Se sentía enfermo, más que eso, cansado, y resolvió confiarse al arte de los médicos.

- Los barcos necesitan de cuando en cuando limpiar fondos… Yo no era ya precisamente un buque recién botado al agua… Tenía siete lustros. Recuerdo que justamente el día en que pisé el puerto platense, cumplí mis treinta y cinco años.

Alquilo una humilde habitación amoblada en un conventillo de la calle Guayaquil.

- Estoy seguro de que busque a propósito esa calle bonaerense… En ese afán mío se escondía la nostalgia que luego me mordió de firme.

Suspiraba

- La nostalgia --- concluía --- es una cosa muy fea… Una punzada de costado… No deja respirar cuando agarra…

Otro habría dicho que los pulmones del hombre requieren hincharse con alguna frecuencia en el aire de la patria y que el aire de la patria reconforta como un trago de aguardiente de caña.

Pero Gustavo Hernández no decía eso.

XVII

Cuando su salud mejoro, Gustavo Hernández, que solo se consideraba a sus anchas y feliz trasladándose de un lado para otro, abordo; se dio a conseguir ocupación en lo de su carrera.

Le fue difícil obtenerla, porque en el rio de La Plata no era conocido de nadie y sus documentos personales no estaban del todo correctos; pero, al fin, lo contrataron a sueldo bajo, como contramaestre, en un vaporcito --- el Usedom --- cuyo dueño, un pomeraniano millonario, lo dedicaba, como a los demás de la flotilla de su propiedad, al cabotaje entre Buenos Aires y Bahía Blanca.

Cerca de un quinquenio trabajo Gustavo Hernández en el Usedom, habiendo ascendido, a lo último, a capitán.

En Bahía Blanca entro en relaciones amorosas con la que había de ser la compañera de tálamo: Yolanda Davies.

Era esta --- entonces --- una muchacha de veinte años más o menos, alta, rubia y bastante agraciada, hija de un yanqui de Utah y de una napolitana.

El yanqui --- que había sido mormón y que, para desposar a la católica, renegó de su credo --- se hastió en breve y torno a su Lago Salado y a su religión, dejando a la mujer con una criatura de pechos: Yolanda.

La italiana no se arredro con el abandono. Instalo un pequeño negocio en Bahía Blanca, el que luego se convirtió en hostería, y pudo salir adelante.

La hostería era frecuentada por las tripulaciones de los barcos que hacían puerto. En ella, Gustavo Hernández vio por primera vez a Yolanda Davie, y se enamoró de ella perdidamente.

Le propuso matrimonio y se casaron.

Entonces, renuncio a su empleo en el Usedom y se quedó a vivir en Bahía Blanca.

Conservaba algún dinero ahorro. Lo escondía en la doble capa de su ancho cinturón de cuello. Eran monedas de oro de las más raras divisas, y el tesorillo, antes que otra cosa, parecía colección numismática.

Gustavo Hernández se metió en empresas comerciales de poca monta y logro ganancias insignificantes.

A los nueve meses exactos del enlace --- con precisión de reloj suizo --- Yolanda Davies le dio una hija, que recibió en la pila, tras del primero --- Alicia --- una larga lista de nombres de islas de la Polinesia… El sacerdote se negó a consagrarlos, arguyendo que no venían en el calendario de la iglesia; pero, Gustavo Hernández, desplegando una elocuencia arrollando, lo convenció, aduciendo que se trataba de nombres de verdaderos mártires de la fe, gentiles convertidos al catolicismo por obra de los misioneros y acabados a manos de sus paisanos idolatras, allá en las tierras lejanas de Oceanía.

XVIII

Casada Yolanda, que era el principal atractivo de la hostería, comenzó esta a decaer.

Ya no la visitaban en las noches bulliciosas turban de marineros que, después de cumplir su gasto de merienda, solían quedarse en el salón comedor, libando copas o deshilvanando charlas, pero con el casi exclusivo fin de contemplar a la simpática rubiecita que, tras el mostrador, entre frascos de policromas salsas y botellas de licores inverosímiles, les sonreía con limpia coquetería y les suscitaba ingenuamente ardores y ensueños.

La madre de Yolanda, que controlaba el negocio, estudio la cuestión con su yerno.

Las perdidas eran insoportables. De continuar así, se llegaría al desastre completo a corto andar. Le preguntaba a el --- hombre experimentado e inteligentes --- que haría, que haría para que las cosas no ocurriesen así…

Gustavo Hernández presentía en las palabras de la italiana una suerte de reproche, de acusación contra él. Adivinaba que, en lo íntimo, su suegra le atribuía a él, por haberse casado con Yolanda, la responsabilidad de la ruina.

Se dio en eso una ocasión brillante de deshacerse de la hostería, con un margen de utilidad considerable. Un ruso zarista, fugitivo de su país convulsionado, se proponía comprarla.

Planteado el asunto, tras muchas vacilaciones de la vieja dueña, se logró concertar el negocio, definitivamente, y vender el establecimiento.

Se fue, entonces, la familia a habitar una barriada pobre, cerca del puerto.

La napolitana que, mientras en la hostería viviera, había sido una mujer enérgica, viril, aparentemente fuerte y con probabilidad de completar medio siglo más sobre sus cuarenta años y pico, comenzó a languidecer.

Gustavo Hernández, tomando como pretexto el decaimiento físico y aun moral de su madre política, propugno la conveniencia de salir de ahí y trasladarse a Valparaíso, en Chile, donde residía un paisano que le había prometido un buen empleo.

La anciana no consintió. Dijo que prefería morir en Bahía Blanca muy pronto antes que vivir una eternidad en otra parte, aun cuando fuera la propia aldea suya de Nápoles; porque en aquella ciudad moraban sus más bellos recuerdos. Murió a poco, en efecto. Realmente, la mato la pena que le produjo la venta de su hostería.

Momentos antes de acabar recomendó a Yolanda un montón de cosas. Entre ella que cuidara mucho de un par de loros que dejaba y que eran, exageradamente, las niñas de sus ojos. Le dio consejos más o menos buenos y le mando, con el imperio que presta la proximidad de la muerte, que no permitiera el que su marido saliera para viaje alguno sin llevarla, a fin de que no le pasara a la hija lo que a ella le sucedió con su yanqui mormón.

Gustavo Hernández realizo entonces cuanto poseía, y con Yolanda y Alicia se fue a Valparaíso.

Su paraíso --- un señor Ruiz, de la provincia de El Oro --- que era accionista de una compañía de navegación, lo coloco como segundo piloto en un buque de línea Valparaíso-Guayaquil.

Instalo a su mujer y a la pequeña en el puerto chileno y se embarcó. Por supuesto fue obligado a jurar que regresaría y que no imitaría el proceder del polígamo Mr. Davies.

Así pudo Gustavo Hernández, al cabo de media vida, volver a su ciudad natal.

XIX

La vista de su Guayaquil, tras veintinueve años de ausencia, lo conmovió hondamente, a tal punto que las lágrimas humedecieron sus ojos.

- No creí que se amaba tanto a una ciudad que, después de todo, no se diferencia, para uno, de las demás del mundo, sino en el hecho circunstancial de haber nacido en ella.

En esos momentos, su infancia --- al ser evocada --- se le antojo formidablemente singular y hermosa, en contraste con su juventud y su madurez, que le parecieron insípidas y vacías, reducidas a un continuo e inacabable vagar.

Los menores detalles de su niñez lejana cobraron trascendencias no sospechadas, envolviéndose en una poesía buena o tristona.

Hasta los sufrimientos suyos --- aquellos que le causaron sus hermanas y motivaron su fuga ---, los encontró como dulces y como suaves; como bellos, también.

- Cuando pise la tierra de Guayaquil, en poco estuvo que la besara.

Se oriento por las calles con relativa facilidad.

- Así que vi mi casa, la casa de mis mayores, me descubrí. Fue algo instintivo, un movimiento espontaneo que no detuve.

Entendía que ese gesto significaba un saludo a su propio pasado.

Como no aviso de su regreso, nadie lo esperaba.

Sus hermanas no lo reconocieron, por supuesto; y, cuando él les dijo quién era, hicieron toda clase de aspavientos y lo abrazaron llorando.

Calmadas las efusividades de la bienvenida, se enredaron en un confuso y prolongado interrogatorio.

El conto a rasgos anchos de su vida. Ellas, minuciosamente, las suyas.

Algo así que María de las Mercedes había permanecido soltera y que había padecido diez enfermedades graves y un doble o triple de leves, cuyos síntomas, proceso, tratamiento y convalecencia, le fueron explicados con detención.

Supo, también, que Jesusa contrajo matrimonio con un abogado leones, el cual falleció dejando sin hijos a su viuda.

Supo, finalmente, que su desconocido cuñado lo hizo declarar muerto presunto.

Esto lo indigno sobremanera:

- ¡Bonito tipo tu manera, Jesusa! No logro engendrarte un hijo, no pudo hacer nacer; pero, en cambio, sí pudo hacer morir a su arbitrio... Sin duda, le entrarían ganas de administrar mi parte de herencia, ¿verdad?

Venturosamente para Gustavo Hernández, se tuvo conocimiento en Guayaquil de que había salvado del incendio y hundimiento de la Tungurahua, y aun de sus viajes por Oceanía; de modo que la declaración de

muerte presunta, era solo provisional. Si las ultimas noticias sobre el llegan a ser las del desastre de la goleta, la declaración habría sido definitiva.

- ¡Una losa sobre una tumba vacía! --- musitaba.
- Así que soy, un verdadero muerto, un cadáver que anda, un fantasma… --- repetía, encolerizado.

Sus hermanas hacían porque no le diera mayor importancia al asunto.

- Es fácil de arreglar eso. Consulta a un letrado.

Lo consulto; y, el obtener que se lo reconociera oficialmente como vivo, no fuera tan fácil.

Sus propios papeles sirvieron de obstáculo. Salto aquello del cambio de nombre en Mozambique. Otros impedimentos surgieron.

A fuerza de influencia y dineros, se solucionaron los inconvenientes.

- Es curioso --- decía ---. Estas cosas me pasan a mí, no le pasan a nadie.

Acaso no le desagradara del todo el que le acaecieran cosas singulares, pero, por lo menos, no lo manifestaba.

María de las Mercedes y Jesusa le pedían en todos los tonos que trajera a su mujer y a su hijita a Guayaquil, para que vivieran con ellas.

- La casa es grande. Habría comodidad. Además, nuestras relaciones… Haremos valer a nuestros parientes.

Gustavo Hernández no accedió. Pensaba que, al lado de las dos viejas, Yolanda y Alicia no estarían a gusto.

- Déjenlas. Es mejor de lejos. Se quiere más a la familia. Hay un refrán sobre eso, ¿no? Además, yo les traeré, en mi próximo viaje, retratos de ellas en todas las poses imaginable… para que las conozcan a su antojo…

Las dos mujeres no quedaron contentas, pero hubieron de conformarse.

XX

Gustavo Hernández comenzó muy luego una existencia casi ordenada y regular, acuciado por la urgencia de procurar para su hijita … que crecía con la rapidez de una planta del trópico --- un porvenir seguro, tanto como fuera posible.

Durante mucho tiempo trabajo en la carrera Valparaíso-Guayaquil-Valparaíso. Paso, después, a una compañía naviera peruana. Buscaba andar embarcado en buques que hicieran escala en guayaquil, para así poder ver a sus hermanas y atender personalmente los más importantes asuntos económicos de la familia, cuya dirección había perdido.

Cuando Alicia estuvo en edad de ser puesta al colegio, se la mando recomendado al capitán del “Teno”, a su amigo Knee, de Richmond, quien le sirvió de tutor y de maestro. Diez años estuvo la chiquilla en el establecimiento norteamericano; y, en el transcurso de ello, no vio a sus padres ni una sola vez, por mucho que imploraba el ser llevada a Chile en vacaciones.

Hernández sostenía un criterio muy duro. Estimaba que el ambiente del hogar es perjudicial al estudiante y que lo mejor que se le puede hacer a uno es mantenerlo alejado de los mimos de los suyos, para que la obra de la enseñanza se desarrolle sin impedimentos.

Su mujer no le contradecía en esto como en nada; y, aun cuando acaso en lo íntimo disintiera de la opinión de su marido, fingía opinar lo propio que él.

En realidad, Gustavo Hernández se había encontrado con una santa y no con una Eva común.

- Yolanda es una nave bien estibada de abnegación --- bromeaba cuando se refería a ella en las conversaciones con sus hermanas ---. Ya se quisieran ustedes, corazones egoístas, viejas beatas, tener un cargamento así en las bodegas para emprender el viaje a la muerte.

María de las Mercedes y Jesusa sonreían con mal disimulado desdén, y manifestaban que --- cuando lo lamentaban profundamente --- estaban a firme convencidas de que su hermano --- tan querido --- era un hombre basto, un Juan Marinero cualquiera, cuyas infelices bromas y cuyas burdas chanzas maldita la gracia que hacían…

Cansado de recorrer … para el norte y para el sur, para el sur y para el norte --- la costa sudamericana del Pacifico, viendo siempre los mismos puertos, tratándose con las mismas gentes, Gustavo Hernández se empleó en el vapor correo a Pascua.

Estuvo largos meses sin visitar Guayaquil, pero ahora escribía con frecuencia y aconsejaba en los trances complicados que se les presentaban a sus hermanas en el manejo del haber familiar.

Se canso luego de la isla chilena y de Chile mismo.

adquirió en Talcahuano una fragata de tres palos, saco a su mujer de Valparaíso, y la fragata --- a la que llamo “Alicia” en honor a su hija ---, puso proa al Ecuador.

A la altura de Payta, Hernández vacilo.

Dijo a su mujer:

- Mejor es que te quedes en el Perú. Esas viejas idiotas de mis hermanas te van a amargar el pan y abombar el agua. Vivirás en Payta. Es un pueblo bonito. Además, como ya estás un poco reumática, el clima te sentara.

Yolanda obedeció. Su marido la instalo en Payta y avanzo el solo a Guayaquil.

- Siempre acaba uno por donde empieza --- afirmaba.

Cumplió tres cruceros normales, obteniendo grandes ganancias.

Al regresar del cuarto --- que fue el último --- lo esperaba en Guayaquil la noticia de que su hermana María de las Mercedes estaba agonizando y que su hermana Jesusa se había vuelto loca.

XXI

Cuando subía las amplias escaleras de la casa familiar, escucho los aullidos de Jesusa, encerrada en una habitación apartada.

No pudo dejar de pensar:

- Chilla como una mona vieja… ¡Ah, como chilla!

Le repugnaba verla, y se dijo:

- No la vere jamás.

La loca hablaba. Pedía que la sacaran de ese cuarto. Se quejaba de que su hermano la había llevado al Polo Sur, engañada, y que no quería volver. Aseguraba sufrir un gran frio… un gran frio que la mataba… (y afuera el sol cocía). Rogaba, otra vez, que la sacaran… que la sacaran… etc.

Gustavo Hernández recordó a los criminales de la Tungurahua en llamas, y se estremeció.

Hizo por reaccionar, y entro en la alcoba donde María de las Mercedes moría.

El medico se acercó al recién llegado. Le susurro al oído:

- No comprendo… No comprendo… Es milagroso, absurdo… La materia ha muerto, puedo jurarlo, hace ya muchos días; pero, el alma alienta, a pesar de eso… No comprendo… Es milagroso, absurdo.

Gustavo Hernández se aproximó a la moribunda.

Tendida en el inmenso lecho Felipe II --- que uno de los antepasados trajera de la península ---, María de las Mercedes parecía un cadáver. Según el médico, lo era. Tenía los ojos anchamente abiertos, y la mandíbula inferior desquijarada.

- ¡Ñaña! ¡Ñañita!

Lo miro

- ¡Ah, viniste por fin! No podía morir… Te esperaba… Quería confiártela, ¿sabes?, entregarte a nuestra loca…

No dijo más.

Se volvió cara a la pared y suspiro entrecortadamente.

Gustavo Hernández estuvo a punto de musitar:

- María de las Mercedes, hermana mía… pobre vejestorio… ¡que alma acerada que tu tenías!

Pero apenas si se atrevió a pensar…

Tres horas después, al filo de la media noches, María de las Mercedes acabo.

Su hermano, sentado a los pies del lecho la vio morir.

La enterraron sin pompa, al atardecer.

Metieron el cadáver en un nicho del mausoleo de la familia.

Gustavo Hernández echo llave a la puertecilla.

Dijo, hablando para la difunta:

- Pronto vendrá Jesusa para hacerte compañía, hermana… No estarás mucho tiempo sola… queridita mía…

Regresando a la ciudad, al salir por la avenida de palmera de la necrópolis, Gustavo Hernández lloro.

Antes no había llorado por la muerta.

Murmuro, recordando las bromas que le hacía:

- Buena carga llevas a la muerte también tú, María de las Mercedes, fragata vieja…

Hubo de sostenerlo un amigo, `porque un desmayo lo venció.

XXII

Acallado el dolor con el transcurso de los días, Gustavo Hernández se apresto a organizar la existencia que se le imponía.

- Debo echar anclas --- repetía.

Por momentos le obsedía el pesimismo. Se le ocurría que lo que a el le pasaba, era que había encallado, como los barcos mal piloteados...

Su estado de menor existencia sentimental duraba poco. En breve volvía a ser el mismo, en plenitud.

Corrió tras las tramitaciones judiciales indispensables a que dieron lugar la muerte de María de las Mercedes y la locura de Jesusa, de quien se hizo nombrar para curador. Ya tranquilo por este lado, se enfrentó con el serio problema económico.

Negocio los valores fiduciarios y se hizo de dinero efectivo. Entonces pudo atender a ciertos gastos imprescindibles para la vida de la pobre enajenada: le arreglo un departamento adecuado en la antigua casa familiar, y la confió al cuidado de servidores leales. Mando cerrar las demás habitaciones del edificio, y se fue el a alojar en un hotel modesto de los suburbios.

Perseveraba en su resolución de no ver a Jesusa.

Vendió, con pesar, la Alicia.

Exigió del comprador que le cambiara el nombre a la fragata.

- A lo peor caer en mano de un capitán sin experiencia… mi pobre barca… y se hunde por ahí… Esto sería la jetta para mi hija, para mi otra Alicia… A usted se le alcanzara mi razón.

Creía en aquello. Sus supersticiones de marino eran recias y se le agarraban alma adentro.

El nuevo armador no cumplió lo prometido, y la fragata con su mismo nombre ya acreditado, fue puesta en viajes de carrera a Hualtaco.

Gustavo Hernández encontró al armador en pleno centro comercial de la ciudad, en la calle Pichincha, increpándole su falta de palabra empeñada. El otro --- que antes se había justificado, redarguyendo que el cambio de nombre da mala suerte a un barco --- se indignó con el ataque y juro que le dejara el de Alicia, aun cuando el mundo se le viniese encima… Añadió con rabia que a una perra sarnosa que tenía, también le pondría Alicia, y expreso finalmente que, por mucho que perdiera dinero, ordenaría a su capitán que hiciera cuando fuese posible para que la fragata se estrellara en algunas rompientes.

Hernández lo maldijo. Lo llamo jijo de cochina en todos los idiomas y dialectos en que sabia decir tal. Le ofreció, además, bajo la fe de su honor, que, de naufragar la Alicia lo mataría a su actual dueño a patadas, o --- mejor --- lo ahogaría en un W.C.

El armador rio entre burlón y conciliador. Intervinieron amigos de entrambos, ahí termino el incidente.

Con el dinero que poseía, Hernández pensó dedicarse a la agricultura. Le parecía que era un buen modo de hacerse rico. Si bien no conocía la hacienda Pampalo, había oído hablar maravillas a los peones que de allá venían. Fue a visitarla y le gusto. Entendió que sería una magnifica explotación.

Mando restaurar y amoblar convenientemente la casa mayor de la finca, tornando luego a la ciudad.

Decidido ya a trabajar en el campo, escribió una carta a su mujer para que viniera a Guayaquil, y puso un cable a Mr. Knee para que le mandara a Alicia.

Arreglo las cosas de tal manera que las dos mujeres llegaron el mismo día.

Pocas horas después de la saltada, sin dejarlas casi conocer la urbe, embarco con ellas para Pampaló.

Estuvo muy locuaz en ese trance. Les hablo de infinitivas cosas. Abrió para su hija fantásticos horizontes como porvenir cierto.

Dijo, por fin, que, en tales momentos, en la vida de cada uno de los tres --- Yolanda, Alicia y el mismo --- empezaba una era nueva.

XXIII

La casa grande de Pampaló se levantaba en una región solitaria, en plena selva tropical, a un día de distancia --- a trote de caballo rápido --- del más próximo miserable bohío reconocido; por cuya circunstancia, cuando Gustavo Hernández acordó instalarse en ella con los suyos, dispuso que algunos peones que reputo dignos de su confianza construyeran ranchos en los alrededores para que los habitaran con sus familias.

La causa de aquella soledad anómala era que, durante largos años, medio siglo tal vez, estuvo abandonada la casa, y los trabajadores de la hacienda desarmaron sus viviendas cañizas --- cuando no las venció la injuria del tiempo --- trasladándose ellos a lugares de más fácil acceso, cerca de las vías de comunicación acuática o terrestre con los centros poblados.

Antaño, el edificio señoreaba un pintoresco caserío compacto que se agrupaba en torno suyo, como buscando su protección y amparo; tal los burgos de la feudalidad, que se extendían caben las murallas del castillo donde moraba el barón con sus gentes de armas.

Después de todo, la comparación no resulta exótica, pues, Pampaló tuvo mucho de feudo medieval, y los Hernández de Fonseca, sus dueños seculares, mucho de barones feudales.

Los peones más antiguos del fundo --- negros, hijos o nietos de esclavos, conciertos libertados ellos mismos, por lo general ---, hablaban a Alicia Hernández del pasado.

Recorriendo las dependencias de la casa, en los primeros días de la estada de la familia en la hacienda, se detenían en algún cuarto más sombrío que los otros, en la planta baja.

- Vea, blanquita, aquí fue donde sus papas encerraban a los presos. Ahí estaba la barra y er cepo; ahí, las argollas; de ese gancho der techo, cargaban al varón que latigueaban a narga pelada, blanquita… ¡qué horror! Dizque se morían de tanto que los martirizaban, mismamente como a Nuestro Señor Jesús Cristo… digo yo…

Alicia abría unos ojos enormes, entre de asombro y de incomprensión.

Poseía un castellano escolar, puesto que desde pequeña había usado principalmente el inglés, incluso para pensar en él, y, la fabla enredada, con toques de arcaísmo, de los peones, se le hacía difícil de entender.

Pero se empeñaba:

- ¡Cuéntame! ¡Cuéntame tu a mí!

A la excitativa, los negros dejaban que se desbordara su fantasía. Para más interesar a la patronita ya no decían que aquello que referían lo supieran por tradición, sino que mentían a propósito y juraban haberlo visto…

Y eran historias absurdas, acaloradas, con humedad de sueño, con olor de fábula; pero se adivinaba que, en el fondo, alentaba un poco de dolorosa verdad…

- En esa loma, niñita, uno de sus papas fusiló a cuarenta peones conciertos que se arrebelaron. Yo lo vi, niñita. Fue hace un mundo de años, pa' un invierno feísimo quie'ubo.

Otro afirmaba:

- En ese palo prieto pela'o crucificaron patas arriba a una vieja que dizque era bruja y tenía tratos con el Malo.

Alguno, más cauto, insinuaba:

- Me han conta'o… no se… que en la vuelta del Pechicha grande, su abuelo hizo descabezar a un cura que'staba enamorando a la patrona.

Aseveraba aquel:

- De noche pena… ¡Viera, niñita!

La muchacha se estremecía. Sus nervios de civilizada protestaban en un sacudimiento convulsivo contra el horror de aquellas tragedias sin nombre, hundidas para siempre entre la verde pompa de la jungla ecuatorial.

Pensaba que sus antepasados --- sus papas, como los llamaban los peones --- habían sido unos salvajes dignos de épocas remotas de barbarie absoluta. Y, en lo íntimo de si, acaso sin reconocerlo, se le ofrecían repulsivos, y maldecían silenciosamente de su memoria…

Cuando hablaba con sus familiares de estos asuntos, el padre le atajaba el discurso:

- No le hagas caso, hija. Son mentiras. Nada más. Fantasías. Estos peones estúpidos son, en esos respectos, como los demás ecuatorianos. Mis compatriotas viven enamorados de un pasado que no han tenido y tratan de forjárselo a toda costa, a su modo, presentándolo con pinceladas tenebrosas para hacerlo más atractivo; sin darse cuenta de que plagian miserablemente, apoderándose para su uso de historias de pueblos distintos, que las vivieron de veras, pero en circunstancias distintas, también… No hagas caso, Alicia, te repito… Ten la seguridad de que no solo es Pampaló la hacienda que posee esas leyendas.

Añadía:

- Aun cuando me remueva ahora la conciencia por no haberte hecho conocer y tratar a tus dos tías, me felicito por ti… Entre María de las Mercedes y Jesusa te habrían llenado la cabeza de cuentos de la laya de esos que te relatan los negros… Pero, mis hermanas te los habrían narrado a lo glorioso.

Sonreía melancólicamente para concluir diciendo:

- Algún lustre la habrían sacado el apellido… ¡Hernández Fonseca!… con cada uno de ellos…

XXIV

A Alicia Hernández ya no la convencían las razones de su progenitor.

Al principio, si, detenían el arranque de su imaginación, poniéndole freno de duda burlona que se hacia ostensible hasta en el sonreír de los labios finos, rojos… hasta en el rebrillar --- luna sobre el agua móvil --- de los ojos azules.

Luego con el tiempo, no.

Aun cuando conscientemente pugnara por dejar de lado las historias medrosas y truculentas, sin darles otro merito que el de fantasías extranjeras, aplicadas o cosas así, a la realidad paisana, en el agitarse abisal de la subconciencia, el pensamiento de Alicia Hernández se iba yendo por rutas de fe.

Fue, acaso, fue, sin duda, su credulidad temblorosa y amedrentada, obra de la selva.

El espectáculo formidable de la jungla la cohibía, obligándola a armonizar su espíritu solemne del ambiente, propiciador de lo extraordinario.

Aun en plena mañana clara, fulgiendo el sol rutilo, cegador en el cielo límpido, se le ocurría a Alicia Hernández --- a pesar suyo, a pesar de sus esfuerzos ---, soñar tenebremente.

Las lianas que se entrecruzaban en mil lazos prietos, formando redes inextricables contra las cuales el más filudo machete habría sido como un dientecillo débil de niño, se le antojaban serpientes fabulosas, cabelleras de monstruo mítico, monstruos ellas mismas… Le parecían que tenían otra vida, que no la vegetal, una vida reflexiva, enredada, siniestra una vida latigueante, obstaculizadora, cazadora y pescadora de seres: una vida de telarañas enormes y animadas: una vida de abismos llamadores, irresistibles; revesas de tierra adentro.

Los grandes arboles de formas arbitrarias, que se erguían orgullosos y desafiantes, o se extendían en una eclosión de ramas ensanchadas como umbelas, o se hacían arcos triunfales con sus troncos torcidos, o se arrastraban con estos por entre las verticales de los otros arboles...; se figuraban a Alicia Hernández que eran gigantes vencidos, encadenados por las lianas que los impedían de todo movimiento.

Al pensar esto, la muchacha bendecía el apretar de los bejucos, suponiéndose lo que harían aquellos gigantes al lograr zafarse de sus grillos vegetales.

Los hongos, por mucho de su tamaño y de sus formas, no atraían la atención de Alicia Hernández.

Cobraron importancia para ella cuando, en un delirio que tuvo, se le presentaron como vasos donde reposaban pasajeramente las almas de los muertos.

Les sucedió eso al caer gravemente enferma, con su primer ataque palúdico.

XXV

Se vengaba la jungla de la presencia de los hombres que habían ido a turbar su austera soledad hierática y su calma perenne.

Disponía de infinitas armas que utilizar contra la mezquindad humana, y desplegaba calladamente en tremendo aparato de su fuerza para salir triunfadora en la sórdida lucha empeñada, tenía sus fiebres y sus animales, y tenia, también, sus leyendas y su misterio.

El misterio, el negro misterio que se escondía en cada frondosidad, tras los recodos de cada sendero, bajo las hondonadas; el misterio tenaz que se esquivaba, que huía, que siempre estaba más lejos o más alto, pero nunca donde se lo creía encontrar y descubrir; el misterio inconsul impalpable, mas --- eso si --- viviente y amenazador, obsedía a las almas, poniendo en ellas un miedo sacudido y friolento, como el temblar del paludismo que en sus lancetas agudas portaban los mosquitos canturriantes.

Y luego, eran las alimañas: seres que revestían rasgos de esas criaturas absurdas, que pasaban en toda la repulsividad de sus existencias imposibles, en la exaltación nerviosa de las pesadillas.

Y los mosquitos canturriantes…

En especial, estos.

Iban en nubes que acechaban las carnes desnudas para hundir en ellas los punzones finísimos y succionar el rojo licor que les proporcionara, sin duda, embriagueces sanguinarias, en las cuales cantaran más vibrantemente la vibrante canción de sus clarinetes. Dejaban, con el heraldo de un picor desesperante, una colonia de agitados hematozoarios que se adueñaban, en breve, del torrente circulatorio, navegándolo, en son del despojo, en todos los sentidos.

Gustavo Hernández decía que los hematozoarios eran como los barcos piratas, y que, seguramente, pensarían que la sangre era una suerte de mar de ellos, algo como el *Mare Nostrum* de la latinidad.

A la mujer y a la hija les ataco el paludismo; a él, no.

Alicia sufrió accesos perniciosos irregulares, tras lo que volvía a salud plena y rozagante. A Yolanda se le manifestó el mal en forma crónica.

Sus facciones se estilizaron, marcándosele ojeras profundas y oscuras; y la tez, empalidecida, adquirió un rebrillo opacado, de moneda de oro antigua. Realmente, Yolanda tomo un aspecto distinguido, como algo de alejamiento, con algo de elevación, como no era el suyo antes, un tanto vulgar y simpático.

Su marido la embromaba:

- De seguir así, Yolanda, vas a terminar cobrando perfiles de estatua griega.

Riendo, añadía:

- He comprobado contigo que, en eso de embellecer, el paludismo es el único que compite ventajosamente con la tisis… y con la muerte…

Con la enfermedad, el carácter de Yolanda Davies se tornó aún más dulce y aún más resignado. Acaso creería ingenuamente la pobre dominar al paludismo en fuerza de resignación y en fuerza de dulzura; ya que no lograban dominarlo los blancos polvos lojanos de la señora condesa de Chinchón.

XXVI

Gustavo Hernández se sentía vagamente superior a su actual ambiente.

El --- que a ratos se juzgaba haber sido un almirante de osadía sobre el mar ancho --- no creía en la grandiosidad, ni mucho menos en la sublimidad de la jungla. Establecía comparaciones entre el mar y la selva, y siempre salía esta perdidosa.

- Yo he reducido las furias nobles del agua --- argüía en tono vanidoso ---; ¿Cómo no he de reducir la cobarde hipocresía de esta vieja lora verde que es la montaña?

Subrayaba sus palabras con un ademan teatral y se hundía en consideraciones singulares, que acaso en lo íntimo de si reputara de una originalidad y de una novedad absolutas de ser recién nacido.

- El mar es un enemigo caballeresco, y lo calumnia quien, al referirse a él, habla de perfidias. El mar anuncia cuando va a luchar. Cruza su ultimátum. Avisa con el silbido del viento en las jarcias, con el aborregamiento del cielo, con el color de las ondas, o, a veces, con solo un punto negro en el horizonte limpio… Pero, avisa siempre… Y, en el combate, es valeroso, formidable. Se encolerizaba de veras: aúlla, grita, se revuelca. Ni pide, ni da cuartel. Cuando declara se guerra, no reserva piedad ni para los muertos. Si en ocasiones los arroja sobre la playa, es como en un desafío final a los hombres obcecados en suscitar sus iras… Yo recuerdo haber leído no sé dónde, en una revista danesa ilustrada, creo… que, en las antiguas campañas, solían lanzarse las cabezas de los prisioneros sacrificarlos, como proyectiles de catapulta, sobre el campo contrario, para sembrar el terror en sus ejércitos… Esos, eso es lo que hace el mar al escupir en la playa los despojos de aquellos que mato allá dentro, en la oscuridad de sus profundidades insondables… ¿No les parece? Mas, de todas suertes, el mar es un enemigo que sabe serlo descaradamente, un enemigo que se muestra de pecho.

Reflexionaba un tanto y agregaba:

- En cambio, la selva es, como ya expresé: hipócrita y cobarde. Es una vieja lora que se esconde para picar al descuidado, inadvertidamente. La selva es como sus serpientes. Igual a ellas. Tiene esa alma arrastrada y maligna. ¿Quién sabe si las serpientes mismas no sean otra cosa que hijas de la selva en coito con los bejucos?

No se contentaba con esto.

Negaba toda belleza a la montaña, exaltando, como en desquite, la del mar.

Manifestaba no encontrar en aquella las huellas de la mano del Eterno, y repetía hasta cansarse que la montaña era obra siniestra de los perversos demiurgos que procuraron viciar de daño la creación.

- Sobre los océanos flota, todavía, como antes del Genesis, el espíritu de Dios mientras que acá, lo único que se percibe es el halito maléfico de los pequeños demonios.

Sonreía.

Era su sonrisa leve, vaga, restando trascendencia a sus propios asertos. Sin duda, era precisamente este el efecto que buscaba.

Su hija lo refutaba tímidamente. Entre otras cosas, le hacía notar que el mar también vela sus peligros: los arrecifes, los bancos de coral, los bajos de arena, las escolleras.

Gustavo Hernández redargüía, aseverando que para un marino hábil nada guarda u oculta el agua, porque el nauta lo adivina todo en mil y un detalles reveladores.

De insistir Alicia, su padre se exacerbaba y hablaba a gritos, acallando la vocecilla de la muchacha.

- Es así como explico yo, hija mía. Tu padre no miente. Y como no miente, no admite que se lo contradiga.

Librado de discusión, continuaba el solo.

Exageraba comparaciones y finalizaba diciendo:

- El único elemento hermoso de la selva es el crepúsculo. De la mañana o de la tarde. De cualquiera de los dos... entonces, con los rayos horizontales del sol que se levantaba o que se hunde, se asemeja al mar... a un mar poblado de barcas... Con las sombras, con la luz, con no sé qué, lo cierto es que los árboles, acogotados de trepadoras, parecen mástiles de naves que llevaran velas verdes.

La vida de la familia en Pampaló, concluidos que fueron los atareos del definitivo acomodo, empezó a deslizarse calmada y reposada, sin las enojosas inquietudes y preocupaciones a que se está sujeto en las ciudades.

Era indudable que el escenario operaba un influjo sobre los personajes que, por cierto, un poco ridículamente, lo decoraban: como sucede siempre y cada vez que el hombre se pone en contacto con las grandes realidades de la naturaleza --- el mar, la selva, a las alturas cimeras --- y ofrece con ellas una visión de conjunto.

Por mucho de las frases ampulosas y sonoras de Gustavo Hernández, cuya voz, acaso, no respondía a una exacta posición mental; aun en este se apreciaba el influjo.

En las dos mujeres era, justamente, más ostensible.

Durante las veladas que, de buen tiempo, la familia pasaba en la galería --- la cual se extendía a todo lo ancho de la casa, en el frente de esta ---, el antiguo marino se dejaba incluso llevar de su estado de ánimo.

Tendido en la cómoda hamaca de mocora, moviéndose en un compas soñoliento, conversaba con Alicia y Yolanda, arrellanadas en sendas fraileras junto a las ventanas.

- Esta montaña de Pampaló es virgen aún. Alienta, a no dudarlo en su plenitud inicial, como cuando recién fue hecha... ¡hay que pensar en lo que se esconderá!

Guardaba silencio para proseguir, en breve:

- Es preciso tener en el alma ciertas calidades férreas para hurtarse al miedo instintivo que, como un halito, expande la selva en torno suyo. Debe estar uno blindado como las unidades de batalla.

Su hija, única que se atrevía a propiciar dialogo en los constantes monólogos que eran el acostumbrado parlar de su padre, emitía alguna pregunta sobre la razón de ser de ese como miedo instintivo.

Gustavo Hernández, que había alcanzado ya, a la altura de años en que se encontraba, el dominio perfecto de aquel arte pulcro y vano de suplir pensamientos con palabras y argumentos con metáforas, esgrimía algo como una arenga o como un discurso.

En síntesis, lo que quería significar era que el miedo aquel no estaba fuera sino dentro del hombre, y que era un sentimiento heredado de los remotos antepasados primitivos que sufrieron las crueldades de la montaña, cuyas dolorosas experiencias habían quedado grabadas, a través de las especies, en lo recóndito de la subconsciencia, allá donde se elabora el proceso secular de los instintos.

Quería significar, también, que, como tales dolorosas experiencias que se repiten todavía, obran estas como causas actuales, fortaleciendo el miedo ancestral.

Si luego de charlas de la laya, por exigencia de Alicia algún peón de los que estaban al inmediato servicio de la casa, narraba alguna historia de penaciones, de aparecidos, de animales perseguidos que se transforman en diablos carnudos, o cualquier otro asunto truculento, Hernández prestaba una atención aparentemente bondadosa, pero que se delataba apasionada.

Era visible que se encogía --- entonces --- friolentamente entre los pliegues de la hamaca, y que, en la parte más medrosa del cuento, su cuerpo se sacudía en un ligero despeluzamiento.

Pero reaccionaba, enseguida:

- Vamos a acostarnos. Es casi media noche.

En tono burlesco, glosaba:

- La hora mala.

De estar cerca, el peón que había narrado la historia refutaba a su patrón:

- Dispense, blanco; pero más pior es de madrugada. Las cuatro de la mañana es l’hora más pesada.

El “blanco” desdeñaba contestar.

Luego, mientras ayudaba a cerrar las persianas, buscaba ocasión para decir:

- Contra todos los misterios, yo poseo una sola cosa que es bastante: mi revolver.

Daba las ultimas órdenes para el trabajo del día siguiente:

- No te olvides, Garboso, de hacer sacar esos guachapelíes que se tumbaron hoy.

O:

- Va a haber que meterle hacha a esa mancha de robles del estero chico, Guamán.

Pero, momentos después, mientras se desnudaba para echarse en la cama, insistía zumbonamente, hablando con su mujer, en que los fantasmas sienten un especialísimo horror, por su parte, a las balas calibre 38.

- A una legión de espectros de la peor calaña, pondría yo en desbaratada fuga con solo disparar.

Yolanda contaba por seguro, en tales noches, que su marido tendría pesadillas espantables.

En efecto, a poco de dormirse el, lo veía ella debatirse en agitados movimientos defensivos contra algo o alguien que lo atacara… Y lo oía balbucir entrecortadamente:

- ¡oh, oh, el fraile descabezado! ¡oh, oh, la mula loca!

Lo hacía despertar.

- ¿Qué te ocurría, Gustavo?

De mal humor, replicaba el casi al instante, apenas despabilado:

- ¡imagínate! ¡un feo ensueño! Felizmente, es humo esto. Soñaba que estaba navegando otra vez a bordo de mi Alicia y que la barca se había estrellado contra las rocas bajas de la punta Malpelo…

Reía con una mueca forzada, se arrebujaba en las colchas, y hacía por dormirse de nuevo.

XXVII

La distracción favorita de Gustavo Hernández, en los días que su trabajo de extracción de maderas finas para construcción le dejaban libres, era la caza.

Prefería la caza mayor, pero no desdeñaba seguir piezas pequeñas.

Eran un singular adorador de San Humberto. A veces, cuando tras una persecución tenaz lograba hacer blanco en algún animal, hiriéndolo tan solo se condolía de su víctima y la llevaba a casa, donde la hacía de atenciones solicitas, hasta obtener que sanara. Entonces libertaba al bicho para que tornara a su vivir selvático.

Tal ocurrió con un jaguarillo y con un oso frente-blanca.

Aseguraba sentir una satisfacción inmensa al obrar así, de un modo que el reputaba compasivo y humanitario, sin pararse a considerar que bien podría evitarse la faena de la curación no disparando contra las fierecillas.

Solía organizar partidas serias. Se hacia acompañar de uno o más peones expertos y se internaban por los bosques.

Cobraba así piezas importantes, de carne comestible, saínos, guantas, armadillos, guatusas…

En verdad, le importaban poco que la carne fuera o no aprovechable, contentándose con las pieles, que hacía curtir que clavaba extendidas en las paredes de su cuarto, junto a las panoplias de armas heterogéneas.

Por ello, lo mismo dirigía sus tiros contra un jabalí que contra un oso hormiguero, un cusumbo, una iguana, un cuchucho, un perezoso o una nutria.

El curioso animalito que los montuvios llaman “flor de palo de balsa” y cuya piel es tan hermosa acaso como la del armiño, lamentablemente afeada un tanto por su color amarillo parduzco, era el más codiciado por Gustavo Hernández, que agotaba esfuerzos para lograrlo vivo.

También gustaba de las zorras montaraces, de anchas colas sedosas, que --- en alianza con los tigrillos --- asolaban los dormideros de las aves de corral.

Las costumbres de aquel rapaz le hacían meditar.

Sabido es que las zorras roban todos los objetos que encuentran, solo por el placer de robarlos, abandonándolos luego. Hernández decía que eran el dios Caco de las selvas tropicales y que, en una mitología americana, ellas tendrían su lugar.

Se hizo de una, a la que trato inútilmente de domesticar.

A los pocos días de recluida, una mañana la zorra amaneció medio ahorcada entre las cañas cruzadas de su provisional encierro.

Su amo hubo de rematarla a balazos.

Aun cuando era de suponer que el accidente se produjo de modo casual al intentar fugarse del armadillo, Hernández hizo entrever la posibilidad de que la zorra se hubiera matado propositadamente.

- ¿Por qué no pensar en un suicidio? No sería nada extraordinario. Se dan casos de pajaritos que se han dejado morir de hambre en sus jaulas.

De esto concluía que, en los animales, como en el hombre, la libertad es un sentimiento innato; lo cual, después de todo, parece que es verdad.

Contra los monos nunca había disparado.

- Se me ocurría estar cometiendo un homicidio. ¡son tan semejantes a nosotros!

Los llamaba “nuestros primos” y jugaba bromas sobre el atribuido parentesco.

- He leído en un trabajo del profesor Campos que, en nuestro país, hay cuarenta especies de simio. Es un récord.

Después decía que había razón para que a los ecuatorianos nos apodaran de monos, y que, si fuéramos aun tribu salvaje, indiscutiblemente nuestro tótem sería el mono.

XXVIII

El negocio de madera le producía a Gustavo Hernández utilidades, con las que, en breves meses de estada en Pampaló logro afielar la balanza de su economía, que oscilara locamente.

No lejos de la casa de la hacienda, en torno de ella misma, se extendían grandes bosques húmedos, cuya explotación constituía una verdadera mina inagotable de ganancias.

Eran bosques vírgenes, donde el hombre civilizado no había posado jamás su planta detentadora, y donde el autóctono acaso no había penetrado cohibido por su magnificencia, quizás, que se le presentaría a su imaginación ingenua, haciéndole creer que eran los bosques santuarios de quien sabe que absurdas divinidades misteriosas.

Gustavo Hernández glosaba frases sobre sus temas predilectos, al sumirse en la contemplación de los bosques.

- ¿La conquista? Ah, la conquista… Nunca fue plena ni completa, ni absoluta, ni total… Salvo excepciones gloriosas, los soldados españoles no entraron del todo en lo recóndito de la América. Hubo entonces, como sigue habiendo, selvas inexploradas en el corazón del continente. Y ahí se refugiaba el alma indígena reacia y tenaz… El león ibero no consiguió desflorar irremediablemente a la doncella América… De esta falta de compenetración intima, pluscuamperfecto, el divorcio que luego se planteó, como consecuencia; de ahí que el conquistador no fue un colonizador eficaz y que el único lazo que se estrechó entre los hispanos y los indios fuera el odioso de dominadores y dominados, de señores y vasallos, no llegándose a un entendimiento cordial que hubiera dado como fruto, a estas horas, una extraordinaria fusión de razas, con vistas al establecimiento definitivo de una nueva. Esa raza habría extendido ya su imperio sobre todo el continente, sobre todo el globo quizás.

Tras estas o semejantes palabras concluía:

- La obra de España no culmino en América.

Y, puesto en camino, se andaba por sendas de critica histórica, desconceptuando la obra gigantesca de la península, a su modo arbitrario, con su frasear instintivamente ágil en el hipérbaton y en el enálage.

Hacia un laberinto de fechas y de nombre, embrollando razones, hilando por lo loco, cortando por lo cuerdo, y, de tal laberinto, apenas si conseguía salir guiado por el hilito de Ariadna de su fantasía.

Sacaba verdadero a aquel catedrático universitario que había dicho que él era el tipo más completo y complejo del indigesto cerebral.

Hallaba manera, sin embargo, de intercalar alguna opinión acerca de los navegantes españoles, para los cuales era todo el un aplauso vivo.

Y volvía sobre el tema fecundo de los bosques…

Valiéndose de corto número de peones, extraía maderas finísimas de las muchas que habían en esa zona subtropical: cedro, amarillo, moral, guayabo, laurel, cañafístola, mil más…

Recortados los palos en rudimentarias alfajías, las hacia arrastrar de bueyes o mulas hasta la orilla de los riachuelos navegables; y, acoderados a balsas,

atados a estas con bejucos, eran conducidos, por las inextricables redes fluviales, hasta Guayaquil mismo, donde eran vendidos en los muelles de la Tahona, o más al sur, en los del Astillero.

En ciertas épocas, los precios que la madera tenía en el mercado porteño, no satisfacían al lejano vendedor.

Eran entonces cuando se sentía un guayaquileño chapado a la antigua y aun daba íntimamente razón a sus hermanas.

- Ya en Guayaquil o estiman en cuanto valen las maderas preciosas de los campos nacionales --- se lamentaba --- ya no se apreciaba esas maderas con las que los alarifes, los ebanistas y los maestros navales de otros años hicieron trabajos admirables de carpintería, orgullo y prez de la ciudad. Ahora prefieren la fofa tabla de pino de California, debilucha y blanquecina como el rostro de un anémico. Con esas tablas tienden unos pisos delgados y endebles que se avergüenzan de mostrarse y reclaman a gritos la pintura color caoba

Según el, Santiago de Guayaquil, en este respecto de la construcción, también, ha perdido antes que ganado con el tiempo.

Decía que las obras de cemento armado rompen la armonía del paisaje tropical, que exige edificaciones ligeras y solidas a la par, utilizando esas maderas firmes y buenas que la tierra da.

- Cuando yo era muchacho, pude ver aun el Guayaquil del pasado. Ese si rimaba a maravilla con el escenario… Sobre el rio, metiéndose en el agua, los muelles negruzcos, que terminaban en una balsa ancha como una plaza, salían a recibir al viajero… A las calles amplísimas se asomaban las fachadas de las casas de umbrosos soportales hospitalarios refugios contra el sol quemante, los aguaceros cerrados de Chongon y los cortantes vientos de Chanduy. Eran casas con toldas de lona blanca como velas de balandra… Eran más cordiales, más propicias, más hogareñas; bajas: alcanzaban uno con la mano sus arquitrabes de escultura ingenua… grandotas: cabía en ellas, integra, una de esas largas familias patriarcales, numerosas como una tribu, que entonces había… Eran feas, quizás; pero, tenían un no sé qué de maternal… ¡Ah, y con sus techos de tejas coloradas eran frescas como una tinaja de piedra pómez!... la nuestra de la ciudad vieja, es un recuerdo de lo que fueron todas.

Del Guayaquil de su infancia dibujaba un cuadro plástico que contraponía al actual.

- Ahora prevalecen las construcciones barrocas de cemento armado. Son edificios en los que se mezclan estilos extravagantes, en un *delirium tremens* arquitectónico.

cuando se le hacía notar que la construcción antigua de maderas incorruptibles propiciaba los incendios que más de una vez devastaron Guayaquil, Hernández decía, muy orondo, que el encanto propio de la urbe, ese tipismo que va perdiendo, que casi ha perdido ya, bien valía la pena del riesgo de los fuegos…

XXIX

Siquiera cada mes, con el pretexto de explorar nuevas manchas de madrea o de descubrir reposaderos de caza mayor, Gustavo Hernández hacia atrevidas incursiones en la montaña, metiéndose profundamente en ella.

Cualquier baqueano le servía de guía y acompañante en estos trances.

La mujer y la hija trataban empeñosa y vanamente de disuadirlo cada ver que pretendía una de tales caminatas a selva traviesa. Era cosa de perderlo tres o cuatro días; y, cuando regresaba, traía siempre heridas enconadas, picaduras infectadas o, con frecuencia, alguna luxación. Porque ni los matorrales perdonan, no perdonan los insectos, y el suelo de la selva es traicionero como una trampa de cepo.

Gustavo Hernández hallaba un placer sinuoso y oscuro en esas exploraciones.

Afirmaba sentirse un hombre primitivo, retornando milagrosamente a su medio natural y propio. Palpitaba de emoción ante cualquier cosa extraordinaria, o que el juzgaba que lo era. Manifestaba, aun, que estaba enamorándose de la montaña… --- el antiguo enemigo ---; por lo cual no vacilaba en presumir que hay en ella algún bicho que, al hundirse a uno su lanceta, le inocula el veneno de la jungla.

Pero cuando caía la sombra las copas tupidas de los árboles, que hacían que fuera bajo ellas más noche la noche, Gustavo Hernández maldecía de las tinieblas y su odio a la selva resucitaba y recrudecía.

Obligado el hombre a echarse dentro de un toldo portátil, no dormía sino a ratos sacudidos. Se recriminaba severamente por su osadía y se ofrecía a sí mismo no volver a las andadas.

Peor era todavía en las noches de luna. La luz del astro prestaba apariencias raras y desconcertantes a las cosas; y, Hernández creía ver, a cada instante, animales que acechaban, bandoleros escondidos tras los troncos gruesos, o lagunas que brotaban milagrosamente en los claros de la vegetación.

Creía ver, también, seres fantasmales que surgían de la tierra y trepaban simiescamente a los árboles, o se perdían, difuminadas, en el aire, o hundiéndose en las aguas imaginarias.

Mas, se cuidaba de relatar esas visiones, de las cuales el mismo se burlaba al encontrarse ya de vuelta en su casa de Pampaló.

- Son el delirio de la soledad de monte adentro... Igual o peor que el delirio de la sed en alta mar, en los bosques extraviados de ruta.

Durante el día, Gustavo Hernández era un explorador valiente. Casi se podía decir que temerario.

Es verdad, por lo demás, que los peligros quedaban reducidos en un gran porcentaje: prácticamente, solo restaba el de las víboras, y contra estas, todas las precauciones estaban adoptaban. Las botas, rodillera de cuero y el sombrero de alas anchas y tiesas, eran suficientes.

Lo más interesantes de estas excursiones, eran los encuentros que solían ocurrir.

Era, en ocasiones, con indios de la próxima serranía, que bajaban a la yunga en busca de sustento menos dolorosamente conseguido que bajo los regímenes feudales de los terratenientes de la altiplanicie. O era con trabajadores escapados al látigo de los mayorales. O era con soldados desertores de esos cuarteles semibarbaros de la época. O eran con montoneros. O era, sencillamente, con criminales en fuga.

Todas estas gentes iban rotosas y hambrientas. En sus faces angustiadas, anhelantes, se denotaban reflejos de extraños sentimientos. Obviaba que eran --- un tanto --- bebes medrosos, acobardados... Acaso el ambiente --- cuajado de misteriosas amenazas --- les ponía en el alma un poco de buena infactibilidad. Quizá frente a la naturaleza ciega e infinita se sintieran --- inconscientemente --- dejados de su suerte como estaban, sin amparo ni apoyo, niños sin madre en el camino desconocido... Que, contra toda la selva mugiente y bravía, enorme depósito de una fuerza mucho más temible por lo siniestra y por lo oculta, no tenían sino dos brazos débiles y, en la cabeza atolondrada, un poquito de luz...

Hacían esas gentes una vida misera y simple, comiendo frutas, bebiendo agua en el hueco de la mano, durmiendo sobre los árboles frondosos, bañándose desnudos, en inocente promiscuidad hombre y mujeres en los arroyos cristalinos, impolutos.

Con todo, no siempre la promiscuidad era inocente. Cierta mañana, Gustavo Hernández sorprendió una escena que habría estado apropiadísima en las horas mitológicas de la Helade. Se trataba de una ninfa y un sátiro color de cacao tostado al sol que se refocilaban, mejor que en el lecho de batistas, entre las ondas y sobre la arena pulida de un riachuelo.

Hernández se arrepintió a tiempo para no intervenir como un Dios Pan, señor de los bosques.

Sin embargo, en previsión de que aquel riachuelo fuera tributario del rio de donde se sacaba para los servicios domésticos de Pampaló, resolvió Hernández que para lo sucesivo el agua habría de estar cocida y filtrada.

Con este motivo, se brindó a si mismo unas cuantas bromas de pésimo gusto, conforme estilaba.

Merodeadores no encontró jamás. En cambio, se topó con indios salvajes, o que fingían serlo. Gustavo Hernández se extrañó mucho de sorprenderlos cavando tierra, como si procuraran algo que en ella estuviera enterrado.

Al ser interrogados, hacían señas de no entender el castellano. Contestaban, empero, algunos. Aseveraban, con una ingenuidad sospechosa, que buscaban raíces medicinales, de la que emplea como base la terapéutica campesina; pero en la mirada dejaban ver que mentían.

Gustavo Hernández se inquietaba grandemente al ver estas cosas.

Era ostensible que los indios perseguían el dar con algo más precioso que con modestas raíces medicinales y el, aun cuando no lo confesara, tenía una idea muy elevada acerca de los conocimientos secretos de los indígenas. Contemplarlos tan afanados en aquellas labores de excavación, le hacía suponer que habría mucho de verdad en la creencia popular de que las entrañas de Pampaló guardaban un tesoro escondido

Su opinión sobre el asunto se modificaba radicalmente.

Acaso no fuera como se creía un tesoro oculto por sus antepasados durante uno de los asaltos de los piratas a Guayaquil --- pensaban ---; pero, podría ser un yacimiento aurífero, o que sabe Dios cual otro metal valiosísimo.

Empezaba a formularse la pregunta:

- ¿Por qué no? ¿Por qué no?

No era ducho en cuestiones de geología; más, había leído a Wolf, y consultaba el libro con asiduidad. Deducía de sus lecturas que no era imposible, por lo menos, que en esas regiones del Ecuador hubiera criaderos de oro, fuera coronario, fuera obrizo o gañín; pero, de oro, de oro que es triunfo… Serian ramales de algún grueso cordón que correría como el líquido cefalorraquídeo por la columna vertebral, por entre las masas pétreas de los cimientos hondos de los Andes…

No le falto algún ensueño para bordar lujosamente su fantasía.

Se veía dueño de una mina en plena explotación, entregándola a la administración de una poderosa compañía norteamericana que le daba el cincuenta por ciento de las acciones; se veían ya, convertido en un nabab de la India, retirando fabulosos dividendos; se veía propietario de un yate hermosísimo, gallarda flor de los océanos, navegando otra vez, pero ahora gran señor, las mismas rutas marítimas que recorriera antaño en humildes servicios de marinero, de piloto, de mozo de cámara…

Le era doloroso despertar, ahogándose de calor, mojado en un sudor denso y viscoso, tras esos ensueños.

No obstante, el atractivo de los encuentros referidos, el que a Gustavo Hernández le intereso sobremanera, fue el que tuvo con el negro Masa Blanca.

Le sucedió este, pocos días después de haber conseguido su primer mono, y, justamente, cuando estaba empeñado en domesticado.

XXX

Solían Yolanda y Alicia, en los atardeceres de verano, hacer cortos paseos por los alrededores de la casa.

Generalmente, Gustavo Hernández les daba escolta, andando unos cuantos metros detrás.

Cierto día, mientras caminaban bajo unos cocoteros altísimos que formaban magnifico oquedal, resonó en el aire quieto un disparo de carabina, seguido casi inmediatamente de un desesperado grito que parecía salido de garganta humana.

Antes de que hubieran dominado la impresión la impresión que le causara el inesperado ruido, los paseantes vieron caer, pocos pasos delante de ellos, a una mona grande, espantable peluda, que oprimía entre sus brazos, prietamente, contra las mamas, a un pequeño monito.

Corrieron las mujeres; pero, Hernández, en quien más pudo la compasión que el horror, se aproximó a los sitios.

Tenía la mona una herida en el pecho, decididamente mortal, y agonizaba entre movimientos estertorosos que la sacudían descompasadamente.

Brotaba lenta la sangre por el orificio de entrada de la bala, mientras, por las fauces, salía atropellada, regándose sobre la cara; lo que le daba a la bicha un aspecto de mascara siniestra.

El hijo --- un cachorro vivaz --- chillaba asustado, en el abrazo cerrado de su madre, debatiéndose, a ratos, por librarse, y procurando, en otros, esconderse en el pelaje ensangrentado.

Hernández aparto la vista del cuadro. Intento alejarse y llamar a alguno de los peones para que rematara al animal. Pero, los quejidos de este lo conmovieron a tal punto que, haciéndose de ánimos, descargo sobre la fuente de la mona los cinco tiros de su revolver.

Era, por demás. Sin embargo, Gustavo Hernández lamento no tener más balas en su cartuchera… Hubiera querido que el sufrir de la mona cesara en seguida, y le conmovió lo indecible constatar que las carnes se estremecían aun, respondiendo al tacteo.

Habían acudido gentes de servicio, mientras tanto. Zafaron --- antes de que se engarrotaran los miembros por el enfriamiento de la muerte --- al mono pequeñito, al cual ataron con un nudo corredizo que le cruzaba el cuello y el tórax, y lo condujeron a la casa.

Hernández averiguo quien había disparado contra la mona. Supo que fue uno de los madereros, y resolvió echarlo de la hacienda.

Asombrados, los rústicos le oyeron exclamar:

- No quiero criminales en Pampaló

Agrego, justificando su frase:

- Porque matar a un mono… a una mona, en estas circunstancias, es un verdadero crimen; aun cuando los códigos, hechos por los hombres y no por los simios, lo dejen impune…

La entrada del monito huérfano --- al que se llamó Bob --- en el hogar de los Hernández, fue como el advenimiento de un ser humano.

Se acomodo el bicho fácilmente a las costumbres de su dueño y, libre de toda traba, recorría, gateando al igual que un bebe, las estancias, Bob resulto un acróbata habilísimo. Daba triples saltos mortales y vuelos de cóndores por entre los muebles. Si bien destrozaba porcelanas y cristalería o derrumba libros y ropas, él no se hacía daño de ninguna clase; lo cual constituía ya una apreciable ventaja.

En los primeros días, Alicia lo hacía dormir en una suerte de nidal, acondicionado con trapos de deshecho, que había arreglado debajo de su propia cama. Luego, fue desterrado a uno de los cuartos desocupados. Pero armaba tal estrepito con sus chillidos, que hubo de ser reintegrado a su primer dormitorio.

Bob había adquirido para entonces ciertos hábitos reputados de poco correctos… No era raro que a media noche Alicia se despertara bajo las caricias melosas del animalucho, que le sobajeaba el rostro con sus manitas de suavidad escalofriantes, o le babeaba las mejillas en un entre besar y lamer.

Cuando Yolanda tuvo noticias de estas cosas, protesto ante su marido y le pidió que expulsara a Bob.

A pesar de su carácter dulce, Yolanda estuvo en esa oportunidad realmente enojada, y se mostró intransigente. No escatimo a Bob ningún epíteto insultante, tachándolo de “bestia del infierno” y de “demonio disfrazado”.

Bob que --- acurrucada en una esquina sombría --- presenciaba la escena ocurrida entre marido y mujer, parecía darse cuenta de lo que se hablaba, y hacia destempladas muecas burlonas mientras chillaba con toda la fuerza de sus pulmones. De improviso, tomo un pedazo de palo y lo lanzo contra Yolanda, a la que por felicidad no toco.

Esto acabo de exasperar a la mujer.

- Es inconcebible, Gustavo. Esto no es un animalito de Dios. Esto es el diablo en persona.

Gustavo Hernández se reía.

No; su Yolanda, tan inteligente, tan buena, no debía imaginarse esas tonterías. Bob no era ni siquiera un pobre diablo… Era sencillamente, un lindo monito de largo pelaje color canela y de ojillos saltones… Nada más… Solo que pertenecía, sin duda, alguna de las especies más avanzadas en su evolución, más próximas al ser humano… ¿Es que no conocía de esas cuestiones Yolanda? El, su marido, si, por ventura… Había leído libros que decían que, entre los más rudimentarios zoofitos y el hombre, corre una larga cadena de evolución. Verdad que a esta cadena le faltan algunos eslabones. Pero…

- El que los sabios europeos no hayan encontrado estos eslabones perdidos, no significa que otros investigadores de la naturaleza, menos presuntuosos, ignoren emplear tales métodos, cuya clave dominaba.

Al referirse a estas cuestiones, lo hizo --- según era su costumbre --- de un modo vago y misterioso, insinuando más que exponiendo, sin precisar ni concretar nada.

Como viera dibujarse en los labios de su mujer una sonrisa incrédula, se exalto hasta la colera; y, en un violento alarde, ofreció educar a Bob a un límite asombroso.

- Ya te convencerás... A lo mejor, quizás dentro de pocos meses abre hecho del bicharraco un pequeño hombrecito...

Desde entonces llevo a Bob a uno de los galpones edificados en las cercanías de la casa.

Se encerraba con él durante largas horas. Nadie supo lo que hiciera dentro.

Aseguraban los peones, empero, que hablaba con el mono en una lengua que sonaba como el golpetear de un martillo contra un clavo, y que ellos naturalmente, no entendían.

Lo cierto fue que, en el transcurso de varias semanas, no se observó en Bob progreso alguno.

Cuando Gustavo lo conducía a presencia de Alicia para que esta se distrajera un poco con él, Bob tenia los mismos gestos y los mismos ademanes de antes y seguía siendo lo que siempre fuera: un lindo monito de la selva ecuatoriana. Absolutamente nada más.

Su amo se defendía de las preguntas y de las sátiras:

- Calma, calma... No es cuestión de hacer las cosas en un solo día...

Era seguro que, de haber sido más ducho en humanidades latinas, habría aplicado el aforismo aquel de que *natura no obra por saltos,* como un argumento capital.

- *Natura, non facit saltus.*

Esto lo habría dicho con un tono campanudo y solemne.

XXXI

Una mañana de verano en que Gustavo Hernández exploraba cierta zona para el completamente desconocida de la selva, se dio de manos a boca, al descender por las laderas de un cerrillo arcilloso, con una choza cañisa, techada de hojas de cade, que se escondía --- humilde, pequeña --- entre agrios peñascales.

Seguido de un peón, se aproximó cauteloso a la rudimentaria morada. Apenas si podía disimular la profunda sorpresa que le causaba constatar, que, en tan abandonadas regiones, permaneciera ser humano alguno.

La puerta de la vivienda estaba afuera, y el aspecto interior según desde afuera se apreciaba, hubiera hecho creer a cualquier que estaba deshabitada, a no ser porque en un fogoncillo de lodo seco, colocado en el umbral, ardía activa fogata de leña, al rescoldo del cual se asaban varios plátanos verdes y un trozo de carne.

Penetro Hernández en la choza.

Era una sola estancia, de forma más o menos elíptica; lo que, con la circunstancia del techo abovedado, que descendía constituyendo las paredes, daba la sensación de que se estuviera metido dentro de una batea.

A lo menos tal se le ocurrió al intruso, quien se dedicó a examinar, curioso, cuanto la choza contenía.

Era el moblaje misero, reduciéndose a una hamaca remendada, hecha de pedazos casi podridos de yute, y a un banco de madera sin cepillar, cuyas partes, en vez de clavadas, estaban unidas con amarras de zapan.

Por contraste, muchas de las cosas que exornaban las paredes, tenían --- de poderse vender en mercado extranjero --- valores inestimables.

Eran pintorescos y extravagantes adornos. Había pieles de víboras y de culebras, de bellísimos tonos y raros colores; junto a la de la víbora-sol, estaba una piel de culebra-tigre, la pequeña boa de nuestras selvas; más allá, pieles se sallama, de corales, de papagayo, de equis rabo de hueso, de dormilonas. Un verdadero museo de ofidios, como para enloquecer a un herpetólogo.

Junto al banco se alineaban decenas de calaveras, sobre cueros de jaguares. Eran calaveras de mamíferos silvestres; pero, algunas tan extrañamente semejantes a las humanas, a las de los negros en especial, que a Gustavo Hernández le costó trabajo el convencerse que eran de simios.

Colgado de hilos atados a palos hundidos en las paredes, en las aberturas de las cañas, había largas hileras de dientes y molares de animales varios.

En vasijas de barro samborondeño, agrupadas en una repisa hecha de troncos y pedazos de guadua, había --- sumergidos en líquidos colorados o verdosos --- cadáveres a medio descomponer de sapos, de bagrecillos, de iguanas, de camaleones... Y, en una olla grande, bailoteando en una agua sanguinolente, se deshacía ya un pie de niño, hinchado, moraduzco, que despedía un hedor insoportable.

Y, luego, hierbas...

Hierbas por todas partes: pendiendo del techo, en las paredes, en el suelo...

Toda la flora de la jorguinería, toda la botánica enigmática de nuestros rústicos saludadores.

Finalmente, en un ramo de pechiche labrado, que hacía de alcándara, había una lechuza momificada; y, a su lado, una lora viva, seguía sus idas y venidas de Gustavo Hernández, inclinando la cabeza y fijando en el sus ojillos inteligentes, mientras profería gritos inarmónicos.

Cuando lo vio trasponer la salida de la choza, el avechucho le dirigió al visitante inopinado una palabrota obscena, silbando luego zumbonamente.

Gustavo Hernández se volvió e instintivamente contesto el dicho de la lora, la cual respondió a su turno; estableciéndose un dialogo original a base de atroces insultos, en cuyo empleo demostrase la bicha realmente experta.

En estas circunstancias una cascada voz humana sonó afuera:

- ¿Qué me le pasa ar catiro con Sebastiana?

Se volvió Hernández y vio delante suyo a un negro desarrapado, feo hasta lo inconcebible: tenía el rostro acuchillado de cicatrices, una de las cuales le atravesaba diagonalmente la cara desde el ojo derecho, vaciado, hasta el mentón, partiendo en dos mitades el caballete de la nariz; el pelo, apretujado, era de un color gris plomizo, y este solo detalle en gente de su raza bastaba para estar seguro de que el hombre andaría por ahí cerca del medio siglo lleno.

- ¿Qué me le pasa ar catiro con Sebastiana? Lora fregada, la lora… No rispeta a naidien, y larga nomas lo que le sale, mismamente como cuando er gana'o afloja la plasta.

Sonreía el negro, enseñando su dentadura completísima, alba, de un cristalino blancor que contrastaba chocantemente con el rojo oscuro de la bemba apergaminada, cetrina.

La actitud del individuo era humillada, y su sonrisa cordial y acogedora; pero había en esta no sé qué de extraño y un no sé qué de extraño había, también, en el gesto de su mano izquierda al jugar con el machete filudo… Y Gustavo Hernández, a pesar de que muy cerca estaba el peón que lo acompañara, no las tenía todas consigo.

- Usté, patrocinto, ha de ser, digo yo, er dueño ahora de Pampaló… cuando asi, asi nomas, se ha de dentrado en mi humilde covacha…

No obstante, el apagado tono de hablar se denotaba intencionado. Y el único ojo del negro subrayaba las frases con miradas irónicas.

Gustavo Hernández hizo una voz de trueno para afirmar:

- Si; yo soy el propietario de esta hacienda…

Pregunto, luego, más confidencial:

- Y tú, ¿Quién eres?

El negro repuso calmosamente, con una suerte de vanidad en el decir:

- Yo soy er moreno Masa Blanca, medico de curar…

Masa Blanca hizo después, a la larga, buenas migas con Gustavo Hernández.

Se las daba el negro de brujo y curandero. Se vanagloriaba de conocer mejor que nadie la flora de la selva, y se llamaba a sí mismo, pomposamente, “medico vegetal” o “vegetal”, a secas.

Presumía de que no había quien curara como el, el mal de ojos, los daños de todas las clases que se hacen las gentes entre ellas por intermedios de los hechiceros, y en general, todas las calamidades, y entuertos físicos y morales, cualesquiera fuesen sus causas.

- Pero, yo soy brujo pa’ er bien. Mi ciencia no es para j… a nadien.

Su clientela era irregular

- Yo no hey entendido nunca trabajo a la fija.

Mas, como su fama de curandero acertado se había extendido por muchas leguas a la redonda, acudían gentes desde muy lejos a consultarlo.

- Vienen dende la provincia… pa’ que yo los repare. Aquí mesmo pasan, y yo los mando nuevecitos, mala la comparación, como cuando los pario la madre.

Cobraba honorarios en dinero y especies.

Era profundamente ambicioso, y su ambición rayaba en la avaricia.

Cuando alguna infeliz mujer iba por sus servicios médicos, trayéndole una gallinita o un coso de huevos, en parte de pago, para que la librara del “mal de aborto”, del “cuajo removido”, del “bajo caliente” o de cualquier otra singular enfermedad de la índole, Masa Blanca hallaba la manera de quedarse hasta con las mejores ropas de su paciente, sin perjuicio de que, al ser esta guapa, le exigiera tributo de pernada.

Cuando era hombre el doliente, Masa Blanca conseguia quedársele con la montura del caballo… o con el caballo mismo.

Además, era el heredero universal y forzoso de todos los bienes y prendas que consigo tuvieran sus clientes, de morir en sus manos.

- Ni atoquen esos trastes --- les decía a los familiares del difunto --- tan infestado. Déjenlos aquí para purificarlos. Como a mi me conoce er mal, no me ofiende. Y después se los pueden dar de carida esos trapos de algún desgraciado de Dios.

Dos o tres veces por año, Masa Blanca iba con la lora Sebastiana a la feria de cualquier pueblo lejanos, haciendo difíciles caminatas por sendas que bordeaban, atrevidas, horrendos precipicios.

En las ferias vendían cuanto había almacenado en la temporada, incluso por supuesto lo que era “pa’ caridad”…

Se volvía luego, satisfecho, con sus monedas en el hato, las que enterraba en un lugar secreto.

Masa Blanca jamás hablaba de su pasado, ni siquiera cuando a él se aludía…

Era de suponer que no fuera precisamente un sueño dorado…

En su primer encuentro, tras la larga conversación que tuvieron, Gustavo Hernández y Masa Blanca, sin revelárselo el uno al otro, comprendieron las afinidades que, en muchos respectos, había entre ellos, y se sintieron atraídos a establecer francas relaciones.

Por lo demás, cada uno planteo la explotación del otro, calculando al hacerlo obrar conforme a su antojo.

Masa Blanca vio en Gustavo Hernández una mina, mientras que Gustavo Hernández vio en Masa Blanca el medio de encontrar una mina.

Tal la diferencia. Y, consecuentes, las actuaciones de cada cual.

Por supuesto que el negro comenzó su labor de inmediato. Dio con la forma de extraer del bolsillo de Gustavo Hernández unos cuantos billetes.

- No se crea blanquito, de que soy pedigüeño y apega’o a la plata, sino que es que necesito marcar unos líquidos pa’hacer un rimedio. De esta semana no pasa que lo devuerva sus veinte sucres…

Al recibir el dinero, se santiguo con el devotamente.

Explico que, hacia esto para ahuyentar al demonio, que en cada moneda va montando “como una bruja en su escoba o un purgon en l’hoja ‘e rosa”.

XXXIII

Las entrevistas de Gustavo Hernández y Masa Blancas se hicieron cada vez más frecuentes.

Mediaban entre la casa de la hacienda y la choza del curandero, dieciséis horas a pie. La distancia en línea recta, habría sido de una a seis horas a caballo; pero, era sencillamente absurdo el pretender hacer el viaje montado, por la senda torcida y sinuosa que había que seguir, a selva traviesa, trepando cerrillos, orillando quebradas, salvando ciénagas, abriendo campo a filo de machete y tomando curvas que casi cerraban circunferencias, decuplicando el camino.

Todos estos obstáculos eran superados por Gustavo Hernández, quien pensaba que el placer de charlar con el negro bien valía el esfuerzo desarrollado.

Mucho hizo el “patroncito” para conseguir que el negro fuese a la casa de Pampaló; pero Masa Blanca se negó siempre, aduciendo razones tras razones.

Era ostensible que no quería dejarse ver en la hacienda.

Y tendría sus motivos…

Algún provecho, en verdad, reportaba Hernández de sus visitas al brujo, sabia este, con una precisión maravillosa, mucho mejor que los viejos madereros de Pampaló, donde se encontraban las más nutridas manchas de roble o las más finas manchas de guachapelí y en que sitio eran los palos de mayor consistencia, y cuál era la más apropiada época de cortarlos según el cual lugar se hallaren.

Aconsejaba:

- Ese cedro de la parte de Jobillo, no lo tumbe sino pa’ enero.

O, a veces:

- Se le está pasando ese amarillo de la vuelta del Ahorca’o

O, supersticioso:

- Ni le meta hacha a esos morales de Puente Jondo. De gusto nomas van a amellar el filo… Ahí se c… er diablo para un viernes santo, y toda la madera sale picada como er diente der que come caña durce…

Una u otra cosa la causa, lo positivo era que Masa Blanca acertaba siempre en sus afirmaciones. Guiándose de ellas, Hernández pudo enviar al mercado de Guayaquil maderas de superior calidad que sus más aventajados competidores.

Transcurrido algún tiempo, cuando una suerte de confianza presidia las relaciones entre blanco y negro, se atrevió aquel a plantear el asunto de la existencia de un tesoro enterrado en Pampaló.

Masa Blanca recibió impertérrito la pregunta formulada por su patrón.

Ágil en intuir, tomo en seguida posiciones.

- De saberlo, lo hay, don Gusta… La cuestión es encontrarlo.

Delato más aun su interés Hernández, al inquirir, vehemente:

- ¿Sabes tu dónde está?

Sonrió el brujo, solapado. Chupo largamente su cigarro de hoja.

Abrió y cerro su único ojo de forzado ciclope…

- De saberlo, lo se --- murmuro al fin ---. Pero… pero…

Gustavo Hernández se exalto:

- ¿pero que…? ¿pero que…?

Torno a sonreír el negro. Guardo un breve silencio que aparentaba ser meditativo. Después comenzó a hablar con ese modo desprendido y como remoto de quien no le da importancia, de inmediato por lo menos, a una cuestión.

…Ah, era un tesoro muy grande… Oro, puro oro… No esas piedras de colores que se confunden con vidrios de frascos y engañan al cristiano, porque se ignora si valen o no valen… ¡Oro, oro, oro! ¡Orito de Dios! Como para hacerle una corona a una “sacarrial majestá”… El, Masa Blanca, ahí donde estaba tan calla’o, había visto el tesoro. Lo hizo presentar en una olla encantada que preparo el día de la cuaresma… ¡Era grande el tesoro! De allá acá; no, de allá a allá… más allá…

- ¿Y el origen? ¿Cuál es el origen?

Hummm… Hummm… Masa Blanca lo desconocía.

Un entierro de los indios, quizá. O, acaso, de los antiguos Hernández. Podía, también, ser natural.

Lo único que Masa Blanca sabia de firme, era que el diablo se había apoderado del entierro y que lo hundía cuando cavaban para buscarlo.

- ¿Lo has buscado tu?

Si, Masa Blanca había buscado el tesoro. Lo viera arder una noche, y eso era señal de que estaba propicio para él. Pero…

Y, aquí, el brujo se enruto por los vericuetos de una confusa explicación de los medios conocidos para localizar un entierro y extraerlo.

El, sabia uno, infalible; más, era indispensable hacer fuertes gastos… Mandar a decir por el anima del difunto dueño del teso, las treinta misas de

San Gregorio y las tres de la Santísima Trinidad… Que paseara en cruz sobre el terreno una doncella probada… Que se escarbara el suelo cuando la luna estuviera en su cuarto creciente… Que las manos que laboraban la excavación, no se hubieran mojado jamás en agua bendita… Que el trabajo fuera empezado en domingo… En fin…

- ¿Pero estas tu seguro, bien seguro, Masa Blanca, de que sacarías el entierro?

Claro que sí. El hechicero descontaba el éxito. Sobre su juramento. Que le cortaran la cabeza, si no…

¡Ah, si el tuviera para los gastos! Para mediar consumar las misas, para alquilar una doncella probada… Para encargar unas hierbas que necesitaba para la preparación de cierto caldo, con el cual habría de regarse todo el terreno… Las hierbas se las compraría a los indios de Santo Domingo de los Colorados, únicos que las cultivan por especial permisión del Malo… ¡Ah, si el tuviera para ir allá! Sería mejor. Seleccionaría las hiervas. De paso, contratarían en la iglesia de cualquier aldeuca de la sierra, y así nadie acá sospecharía… Escogería la doncella…

Gustavo Hernández se entusiasmó de veras. Le agradaba la empresa. ¿Qué arriesgaba, a la postre, aun en el evento de un fracaso? Pocas molestias y pocos sucres que no le hacían falta mayor… Y, en cambio, ¿Qué obtendría de triunfar? Ah… ah… No cabía vacilar. Ni un instante siquiera.

¿El dinero? Que no se preocupaba Masa Blanca por el dinero. Hernández lo suministraría. Le daría su parte en el tesoro, por supuesto, también. ¿Cuánto se necesitaba por lo pronto? ¿Trescientos sucres?

Perfectamente. En su próxima venida a la choza, los traería. Y no en billetes, sino en relucientes moneditas de plata, para que Masa Blanca no anduviera en dificultades con los indios Colorados que no quieren recibir papel.

Trataron formalmente los socios futuros el asunto.

Llegaron, por iniciativa de Gustavo Hernández, a estrecharse las manos, rubricando de solemnidad un pacto que nacía amenizado por los agudos chillidos de la lora Sebastiana.

- ¡Silencio, bicho!
- Tuve dos de estos animalejos. Se murieron en Chile. Mejor. Me mortificaban.
- Esta Sebastiana no morirá nunca, patroncito.

Miro amorosamente a su lora, el negro.

Y añadió:

- Tiene su virtú, que Dios le ha dado.

El regreso, tras esa entrevista, casi no lo sintió Gustavo Hernández. Hasta se le hizo más corto el camino y más fácil, las horas volaron.

Iba sumido en proyectos optimistas.

Casi al llegar a la casa, se le ocurrió la dificultad.

Masa blanca había dicho que solo manos que no se hubieran mojado en agua bendita, podían extraer el tesoro.

¿Dónde encontrar gentes en estas circunstancias? ¡Maldito país de curuchupas! ¿Sería cosa de confiarse a los indios Colorados? Ah, no… Lo matarían… Matarían también a Masa Blanca, para robarlos.

Pasaba a la sazón por frente a los galpones, en uno de los cuales estaba encerrado Bob.

Y, de improviso, surgió en su pensamiento una idea.

- ¡Los monos! ¡Los monos!

Si; solo ellos lograrían sacar a superficie el tesoro entrañado. Porque solo ellos y los indios salvajes --- que son en menor numero de que lo debieran ser ---, no han sumergido sus dedos en el líquido sucio y salobre de las pilas consagradas de este convento grande que es, todavía, la que estuvo por convertirse --- por gracia de nuestro rey don García el Cruel --- en la Republica del Corazón de Jesús…

Repitió, a media voz, Gustavo Hernández:

- Los monos… los monos…

Ya hablaría de eso a Masa Blanca.

Y antes de saludar a Yolanda y a Alicia, que habían salido al atrio a recibirlo, se dirigió a enterarse de cómo estaba y que hacia el pequeño Bob.

XXXIV

Cuando le entrego el dinero a Masa Blanca, trato extensamente el asunto.

Si bien con determinadas restricciones, se franqueó con el cómo no lo hiciera antes con nadie.

Le hablo de los conocimientos secretos que le habían transmitido los negros africanos acerca de los monos.

Para las tribus, los simios eran tabú o tana. Otras creían que en ellos alentaba esencia divina, nía, que los colocaba por encima de lo natural. Y

otras suponían que en sus peludos cuerpos encarnaban las almas de los muertos. Finalmente, unas tribus que habitaban a las orillas de los grandes lagos, y en cuyos poblados viviera Hernández, pensaban que el estado de simio es inmediatamente inferior al del hombre y que, educando a los monos en cierta forma misteriosa, podían dar el salto y pasar al estado humano, violentando la evolución que normalmente se realiza a través de las existencias sucesivas.

- Esas naciones reputadas de salvajes, sabían de esto hace centenares de siglos; mientras que los europeos, solo con Darwin, a quien comienzan a negárselo todo, supusieron algo por el estilo. Lamento no poder enseñar a Masa Blanca el método que emplearía.

- Me está prohibiendo el revelarlo. Por una traición sufriría atroces castigos en mi cuerpo y en mi alma.

Ladino como era el negro, fingía a maravilla entender cuanto decía su interlocutor, y adoptaba cierto aire reposando al escuchar, como significado que él, por su parte, penetraba en los secretos mucho más que el blanco. No se apercibía Gustavo Hernández de que lo que Masa Blanca hacía, era apropiarse de los datos que su charla ponía a su disposición.

Ah… el, Masa Blanca, pertenecía al África por su ascendencia. Venía de gentes de allá, como lo mostraba el color de su piel, cuyo pigmento estaba apenas empalidecido por la tamización de sangre india. Era, pues, de los hombres bien conocidos en el Gran Fuego que es Dios, y no de los crudos, es decir, de los blancos…

Las frases de tu patrón las bordoneaba, como en un acompañamiento musical, con frecuentes ruidos nasales que, en su lenguaje rudimentario, gozaban del sentido preciso de una afirmación.

- Yo necesito veinte monos grandes, Masa Blanca. Serían suficientes para extraer el tesoro. ¿no te parece?

- Hummm

- Sus manos no se han bañado en agua bendita…

- Hummm

- Organizados, amaestrados, me bastarían para cualquier empresa por ruda que fuera… Serian un ejército en mis manos…

- Hummm

- Bien… ¿Dónde podría conseguirlos fácilmente y sin que se enteraran esos fisgones de Pampaló?

Masa Blanca se ofreció, solicito. ¡Oh, para servir a su patrón, a su patroncito, y mucho más tratándose del tesoro, él estaba siempre dispuesto! Felizmente, entre sus amistades figuraban algunos cazadores, los cuales, para mediante, traerían no veinte sino miles de monos, del tamaño que se quisiera. Por lo demás, estaba completamente de acuerdo con Gustavo Hernández en que los monos servirían al propósito deseado.

Arreglaron la cuestión. Se hacía, con trabajadores que no fueran de la hacienda, un galpón de caña de Guayaquil para encerrar a los monos. Masa Blanca los vigilaría y cuidaría de alimentarlos. Gustavo Hernández vendría

dos veces por semana, para atender a educarlos. Traería al pequeño Bob, que daría ejemplo a sus congéneres.

Mientras tanto, el negro hacia los demás preparativos.

Para lo sucesivo, los viejos de Gustavo Hernández serían más cautelosos. Ya que no era conveniente que anduviera solo, el peón de escolta debería quedarse a una hora de distancia por lo menos, de la covacha del hechicero. Hasta sería prudente dar una orden prohibiendo a la peonada que recorriera esa zona sin autorización expresa. No faltaría cualquier pretexto justificativo, aun cuando, en realidad, la orden misma estuviera acaso por demás.

Sin embargo…

Para construir el galpón y adquirir los monos, una nueva y crecida cantidad de dinero hubo de pasar a Masa Blanca del bolsillo de Gustavo Hernández.

Por ese sentirse contento, y su alegría se les asomaba sonrientemente a los ojos verduzcos y le bailoteaba en los alborotados tufos del cabello leonado.

En ocasiones, cuando el sueño de la futura riqueza se le hacía como tangible en el pensamiento nuboso sufría raras transformaciones faciales, y su rostro parecía entonces el de un santo… o el de un loco…

XXXV

Entre los trabajadores de Pampaló, principalmente entre los madereros, cundía la desconfianza de las facultades mentales del patrón.

Corrían rumores exagerados, a base de las noticias propaladas por los peones que alguna vez acompañaron a Hernández en sus idas a la choza de Masa Blanca. La fantasía de las gentes ignaras abultada los datos y forjaba con ellas leyendas a su antojo.

Lo menos que decían era que el negro curandero seria Satanás o un enviado suyo, encargado sin duda de comprar el alma de Hernández.

Afirmaban que Bob era hijo del hechicero y tan brujo o tan diablo como su padre.

A la postre llegaron los comentarios a la casa…

Comenzaron por circular de boca en boca, entre la peonada, constituyendo el agrio bocadillo de las rancias comadres y los viejos compadres en las tambarrias de los sábados por la noche.

Pero, incrementándose luego, fueron plato de los servidores domesticados de la familia, y la patrona los conoció también.

Resolvió esta hablar francamente con su marido.

Se decía… se decía… Bien, ¿Cuál era la verdad, la verdad neta y pura, limpia de fábula? ¿Qué ocultos manejos se traía con el negro ese de la montaña?

Hernández rehuyó del primero intento el contestar.

Empleo el monosílabo tosco, seco, cortante. Hasta ensayo imitar los ruidos nasales de Masa Blanca.

Encastillado en su mudez, se creía seguro, inexpugnable.

Mas, la tenacidad de su mujer lo venció.

E hizo confesión con ella, a solas.

Mintió por supuesto, en cuanto supuso que le convenia mentir, deslumbrando en lo uno y opacando en lo otro, según entendía fuera bueno o malo para su inmediato afán de contagiar a Yolanda de sus ilusiones.

Se refirió al tesoro de un modo concreto, preciso tal si ya lo hubiera extraído… estaba perfectamente localizado el entierro. Cosa, era, tan solo, de cavar y sacarlo… y la dificultad, la única dificultad, radicaba en conseguir trabajadores dignos de depositar en ellos, con entera, con entera confianza, un secreto que Valia una fortuna… No era de entregarse, así como así a cualquiera.

Pero, aun tal cuestión estaba a punto de resolverse.

Los monos…

Siguió explicándose de una manera convencional, acomodaticia. Estuvo elocuente, de veras. Casi tanto como cuando en otros días, narraba a sus amigos las aventuras de amor que le ocurrieron en Hiwaoa donde había tenido un hijo… Hasta un poco más, tal vez…

Al describir el tesoro que pronto seria suyo, su oratoria tomo impulsos para alto vuelo.

Yolanda lo escuchaba desconcertada, vacilante.

¿Era que su marido se había vuelto loco? ¿Se lo embrujarían, quizás, con algún cochino bebedizo? ¿O era que…?

No… Recordaba ella que el proceder de Hernández en todos los respectos era el de una persona mas o menos cuerda. Si picaba de imaginativo, de hiperbólico, no bastaba ello para considerarlo como extraviado de razón.

¿Entonces? ¿Seria, pues, cierto aquello del tesoro? ¿Y por qué no, después de todo? Extraño, sí; pero, no imposible…

Las cosas en este país, en esta región de selva viva, acaecían de suerte que…

Aleteaba en el cerebro de la mujer, la duda:

- ¿Por qué no? ¿Por qué no?

Hernández se había formulado en circunstancias bastante parecidas, la interrogación que ella repetía ahora:

- ¿Por qué no? ¿Por qué no?

Decidió guardar reserva sobre la conversación que sostuviera con su marido. Ya le daría cualquier excusa a Alicia, de inquirir esta. Y mientras tanto, que obrara Hernández como lo estimaría mejor. Era un hombre y no una damisela que necesitara rodrigón para andar su camino. Ya vigilaría ella, claro. Ya intervendría, de ser oportuno.

Y que los peones de la hacienda dijeran lo que en gana les viniere, cuando se emborrachaban a mas no poder, con aguardiente de caña, en las inevitables tambarrias de los sábados por la noche.

Y que los comentarios fuera el agrio bocadillo con que mataban su aburrido descanso las rancias comadres y los viejos compadres.

XXXVI

Cierto día, tras muchos, cuando la paciencia se le iba agotando y el dinero invertido en la comenzada empresa montaba a una fuerte suma, Gustavo Hernández fue sorprendido por el espectáculo de los monos encerrados.

En la última visita que le hiciera a Masa Blanca, nada les había advertido este. Antes bien, daba largas al asunto:

- Hay mandadas a decir las santas misas, blanquito; tengo encargada ya la doncella… una longota de la sierra, ¡viera!, que naidien la ha tocado y que dizque esta mismamente como la Virgen Madre… Pero, con los monos hay dificurta… Estan arza'os en los brusqueros, porque este es er tiempo en que ajuntan… Er caseron 'ta prepara'o, ya lo ve…

Si, frente por frente con la choza del curandero, se levantaba la jaula, lista desde semanas atrás. Pero, vacía. Siempre vacía.

Era un galpón recio, con barrotes de palos duros, techado de medias cañas reclavadas, con puertas de trampa alambrada.

- Es segura, segura.
- Ar diablo que encierre, no se me sale.
- ¿Y la construiste tú, Masa Blanca, solo tu?

Sonreía el negro. Quería significar con su sonrisa muchas cosas oscuras, imprecisas.

- Me ayudaron…

Delataba su intención de referirse a misteriosos auxilios, a colaboradores extraordinarios.

- Me ayudaron…

Temblaban en su voz las cosas oscuras…

- ¡ah!

Y ahora estaban ahí, arremolinados, chillando en una sinfonía absurda, los monos.

Eran hasta veinte, todos machos. De mediano tamaño, ninguno bajaba --- erguido --- del metro; pero, ninguno pasaba, tampoco, del metro y medio.

- Pa’ que no hagan peleas no hey guarda’o hembras. Las monas son unas sucias, blanquito. Andan con el uno, andan con el otro. Son pior que las mujeres malas. Y los machos hasta se matan a mordiscones cuando se enchivan…

- ¡Ah!

Hernández contemplaba a los simios. Los admiraba. Fijaba la atención, prolongada, en sus gestos vivos, en sus faces inteligentes donde los ojillos se movían incansables, brillantes, expresivos.

¡Los monos!

Eran estos, estos…

Si; innegablemente remedaban hombres no acabados de hacer, humanidades en potencia.

En especial, aquel. Aquel, mayor que todos, que se colgaba del rabo prensil, enredándolo en una de las vigas cañizas del techo.

Era un hombre. Le faltaban hablar como los hombres, reír como los hombres, llorar como los hombres. Nada más. Pero, a pesar de eso, era un hombre.

- Un hombre.

Hernández grito. Su pensamiento se tornó soliloquio. Masa Blanca se aproximó:

- ¿Qué decía, don Gusta?

- Nada, nada.

- Hummm

Siguió pensando. Pensando. El --- Gustavo Hernández --- haría. ¡Haría! Su nombre se volvía famoso, imperecedero. Los siglos se amontonarían encima de los siglos; y, sin embargo, su nombre quedaría.

Colon dio un mundo más al mundo. Su obra sería superior a la del pobre almirante. Porque el daría una humanidad nueva a la humanidad.

Bien. Nadie --- antes --- habría hecho lo que él iba a hacer en realización absoluta. Sería un manso perrillo, echado a sus pies, la gloria.

Pero era menester, primeramente, mirar por lo inmediato.

Los monos estaban ahí, y estarían siempre, arcilla propicia para cualquier obra. Los tendría cuando quisiera, ahí, a su disposición. A su mandar, cautivos, ahí.

Lo inmediato era el tesoro. Extraerlo. Desentrañarlo. Sacar a superficie lo que la tierra se había tragado.

Por lo pronto habría que emplear a estos seres humanos en potencia en la modesta labor de cavadores.

Lo otro… ¡Lo otro!... sería más tarde…

(La novela no ha sido concluida)